

REVISTA GRAFICA



EL SIGLO DE
LA VELOCIDAD...

TOS, CATARROS, INSOMNIO
JARABE del **DOCTOR FORGET** de **PARIS**
Calma los Dolores Prescripto por los Medicos.
REHUSAR TODA IMITACION
Exigir la Faja Roja en alto idiomas.
EN TODAS LAS BOTICAS

SIROP **DEPURATIVO VEGETAL**
Jarabe doctor **CHABLE**

EL MAS EFICAZ DEPURATIVO DE LA SANGRE

Se vende en Farmacias y Droguerías

Aberdeen

Sastre
Escocés

1, rue Auber

Y
5, b. Malesherbes
PARÍS

Casa fundada en 1881

El mayor surtido
en paños ingleses
y escoceses : ::

Especialidad en Homespuns



Marcador ATLAS

para todas las máquinas de imprimir

No tiene cordón y se aplica á todos los sistemas de máquinas. Velocidad ilimitada. Ajuste perfecto. REVISTA GRAFICA está tirada con este marcador.

Otra especialidad de la casa Atlas: Máquinas para fabricar sobres.

Talleres del Atlas:

4, Passage de l'Atlas, Paris

CATARROS
antiguos
y
recientes

TOS, BRONQUITIS
radicalmente **CURADAS**
POR LA

SOLUCION
PAUTAUBERGE

que procura **Pulmones robustos**,
despierta el **Apetito**, aumenta
las **Fuerzas**, seca las **Secreciones**
y preserva de la

TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris y todas Farmacias.

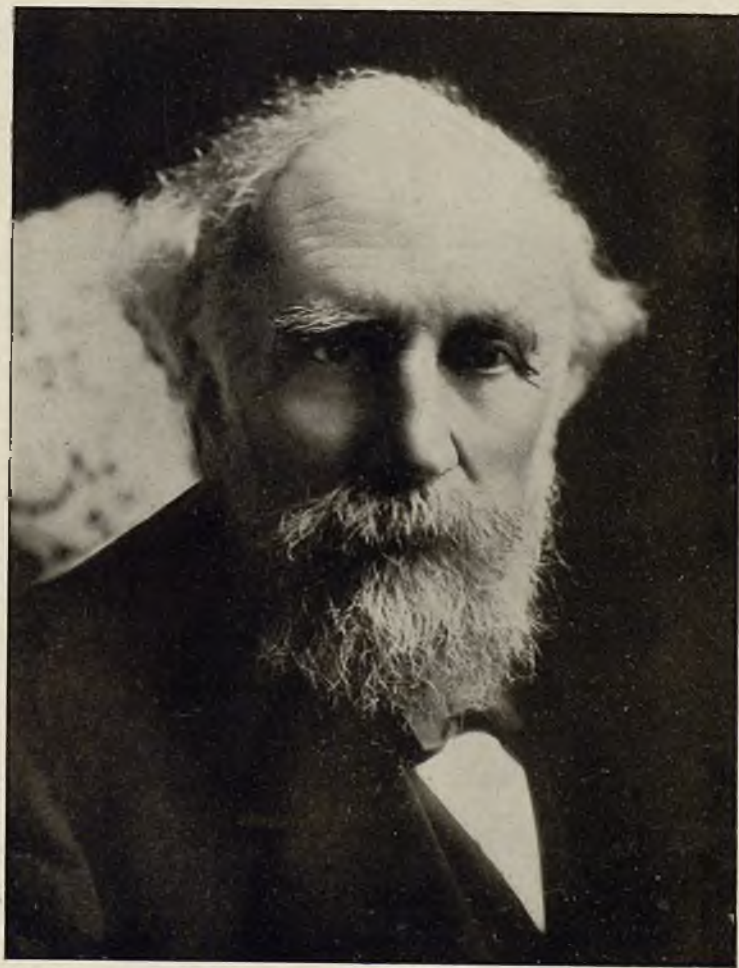
REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año 2
15 Junio 1914
Precio
60 cént.

Actualidades, Literatura, Ciencias y Artes
Director: José MUÑOZ ESCÁMEZ
222, Boulevard Saint-Germain, París Teléfono 757-90
Sucursal. 471 - Calle de Sarmiento, Buenos Aires

N.º 24
Suscripción
20 francos
por año



M. ALEJANDRO RIBOT

Después de una crisis más que dificultosa, en la que nadie quería aceptar el poder, temiendo las borrascas parlamentarias que se preparan, M. Ribot se decidió á aceptar la presidencia, pero sólo ha durado su gobierno cuarenta y ocho horas. Las izquierdas le han derrotado en la primera sesión parlamentaria.

Ayuntamiento de Madrid



LAS GRANDES LÍNEAS MUNDIALES

El tamaño de cada tren nos da una idea exacta de las dimensiones respectivas de cada línea. De izquierda á derecha: el Transiberiano, 9.600 klm.; al lado, París-Calais, 285 klm. (uno de los trenes más rápidos del mundo, con 120 klm. á la hora.); despues el Canadiense-Pacífico, 6.900 klm. y finalmente, París-Constantinopla, 9.000 klm., y París-Madrid, 1.452 klm.



EL FERROCARRIL DE ZANZIBAR

Esta línea, construida por los ingleses, es muy importante. El punto representado aquí es el lugar reservado á una nueva estación.

En el siglo de la velocidad

Continuamente, la vida física de nuestro globo se transforma y también su vida moral. El más poderoso instrumento de esta transformación, es el carril, que diariamente gana terreno, llevando la vida á las arenas muertas del desierto; la civilización, sus beneficios y sus males á las más ignoradas regiones.

EXISTÍA hace mucho tiempo, en la floresta negra, un herrero y su hijo, dos conocidos obreros cuyos pesados martillos, manejados como plumas, locaban la diana, desde la aurora, á todo el lugarejo. Cierta día vinieron á decirles que un túnel iba á penetrar en la montaña en la que se apoyaba el pueblo, y que el ferrocarril pasaria por allí. Descubriéronles el monstruo ahullador vomitando fuego y humo, desgarrando el aire á una velocidad enloquecedora, estremeciendo el suelo y las casas, malando la distancia, madre de la calma y de la tranquilidad.

La ira nubló sus ojos. No permitirían esta invasión, irían hasta el monstruo y lo matarían.

Poco después, les hablaron que por encima de las nubes, casi tocando al sol, que hacia crecer los trigos al mismo tiempo que los chicuelos, aparecerían los aeroplanos, aves capaces de arrasarlo todo en un momento de cólera, según les explicaron.

Y, sin pensar más, padre é hijo pusieron á forjar las armas con las que combatirían á los extraños dragones, salvando así su lugar.

El túnel acaba de terminarse y el primer tren va a **atravesarlo**. Intrépidos, los

dos campeones, provistos de sus armas, penetran en el agujero tenebroso del que no debían salir sino vencedores ó vencidos. Avanzan con el corazón exaltado. Oyese horrible estruendo; la tierra tiembla; descúbrese de pronto un fulgor, que se agranda, hasta dejarlos casi ciegos. Pónense en guardia... El tren pasa, sordo, indiferente, invulnerable, no dejando tras él sino una masa horrible de miembros aplastados y de miserables hierros retorcidos.

El camino de la civilización, el camino de hierro, el ferrocarril jalona su ruta de cadáveres! Y el orden del país secular que atraviesa es trastornado. — Luego, sí, el progreso florece, saneando los lugares insalubres, enriqueciendo á los hombres y su ingenio.

Cuando los hombres comenzaron sus tráficos y emigraciones, trazaron las grandes rutas del mundo, á lo largo de las vías fluviales y de las insensibles pendientes de los ríos. Estos caminos inimitables son los que bordean actualmente los ferrocarriles. Como nuestros antepasados de paso lento, nosotros, corriendo á todo vapor, ó aprovechando la fuerza eléctrica, pasamos como el rayo, evitando las cuestas, las aguas demasiado rápidas y tornando el obstáculo. Esta es la ley del menor esfuerzo posible.

Sin embargo, la competencia vital entre los pueblos les ha enseñado muy pronto el precio inestimable del tiempo. Es una carrera, y precisa llegar primero aprovechando los progresos mecánicos. Desde hace no treinta años, los ingenieros resolvieron, para ganar algunos minutos, atacar los obstáculos de frente. En otro tiempo se contentaban con unir dos puntos por medio de una línea férrea segura, pero como ahora por todos lados brotan y florecen nuevos centros productores importantes, se les ha unido al resto del globo por las vías más cortas, destruyendo cuantos obstáculos se han opuesto á la realización de tales proyectos.

Pero el ferrocarril no es sino el gran camino terrestre que lleva hacia el interior los productos del tráfico intercontinental aportados por las vías marítimas, y ya no se piensa sino en las grandes líneas que unan dos puertos situados en dos mares distintos. Esta concepción es la que ha valido á los franceses la línea férrea más productiva, Calais-Marsella, y el grandioso proyecto de Brest, punto de partida de la línea transatlántica al mismo tiempo que la de un ferrocarril que se una al transiberiano, para llegar hasta Vladivostock, sobre el Pacífico.

Y también se quisiera unir Kiel, sobre el Báltico, con Trieste, sobre el Adriático, de manera á poder transportar de Norte

á Sur y de Sur á Norte las mercancías... y también para quitar á la línea francesa Calais-Marsella uno de sus principales elementos de prosperidad. Es la ley de la competencia, la guerra pacífica. Cuando un pueblo agujereó el monte Brenner para asegurarse el tráfico, otro hizo lo mismo con el Monte-Cenis. Y después se agujerea el San Gotardo y el Simplón. «Ya no hay Alpes! se lamenta un escritor, ¡han hecho de ellos una gran espuma-dera!»

Tipo de ferrocarril con fines políticos y sociales, el transiberiano, por la importancia de su empresa y el fracaso de su resultado, quedará probablemente como ejemplo de lo peligroso de las concepciones grandiosas.

Ninguno creyó que los inmediatos intereses de Rusia dependían de esta línea inmensa y costosa á través del desierto cuando, en otros lugares, importantes centros productores pedían medios de comunicación.

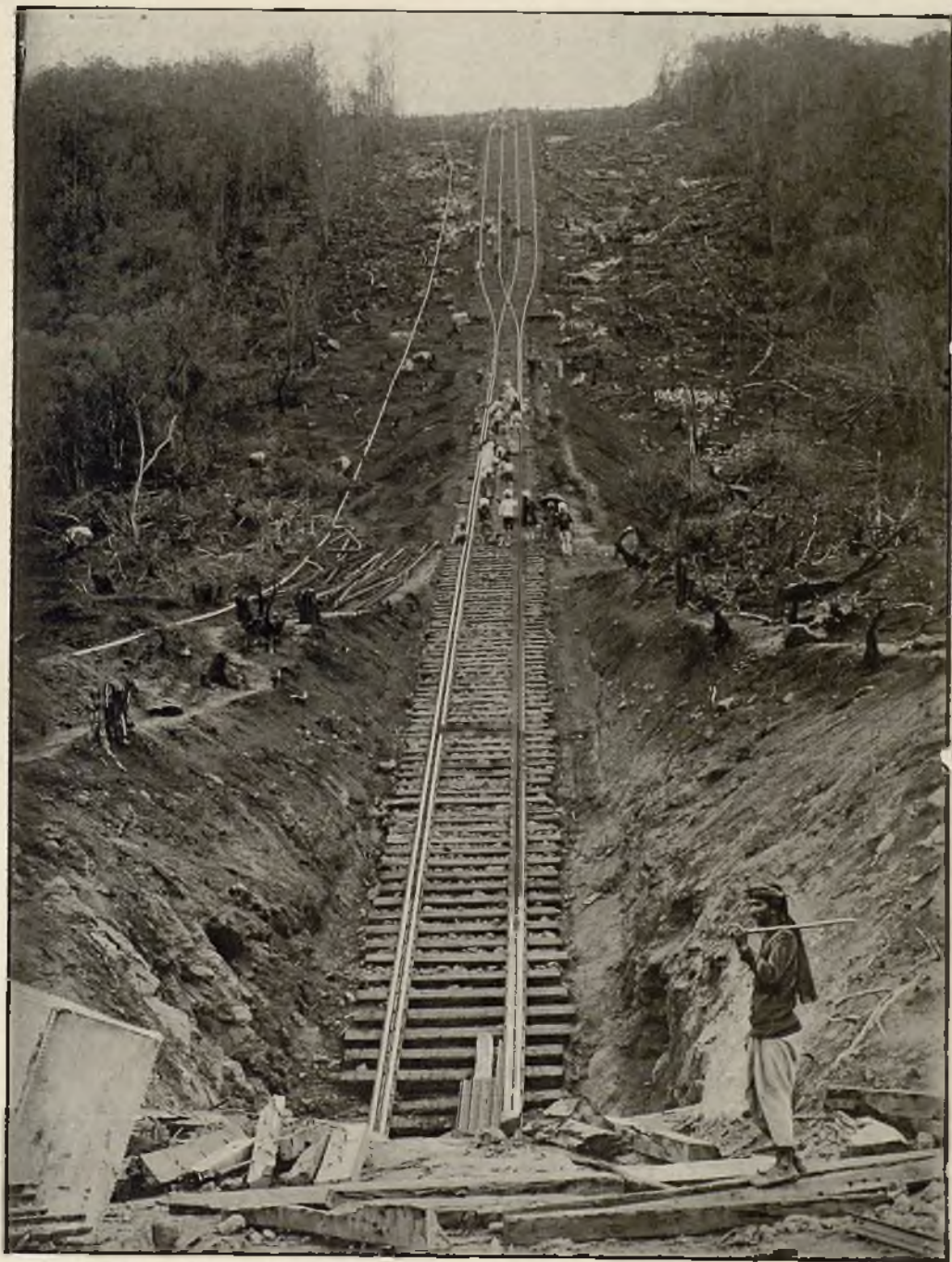
Pero precisa á Rusia un puerto, un gran puerto sobre uno de los mayores mares. En el fondo del Báltico se ahoga, y ha perdido la esperanza de conquistar Constantinopla. Y así se va lejos á buscar el Pacífico, en donde construye dos puertos importantes: Vladivostok, Puerto Arturo, arrebatados á los japoneses después de haber triunfado en la China, edificando también una tercera población: Dalmý.

Lineas gigantescas. — Dificultades inauditas. — El Transiberiano. — Del Cabo al Cairo.

Las dificultades para construir el transiberiano fueron inauditas. Falta de obreros, pues las poblaciones transiberianas se hallan muy dispersas. Fué preciso hacer trabajar á los soldados y á los presos. Y hasta vista la insuficiencia de obreros, viéronse obligados á llevar trabajadores del centro de Rusia, pagándoles, naturalmente, elevados jornales y teniendo que construir habitaciones y almacenes, á fin de asegurarles la existencia.

Una gran parte del transiberiano central está construida á través de la *Taiga*, especie de floresta virgen siberiana de suelo pantanoso, con capas de agua de 70 centímetros que medio recubren grandes depósitos de detritus de plantas en descomposición. En invierno, cuando hace 40° bajo cero, el suelo hiela hasta una profundidad tal, que toda clase de trabajo es imposible.

La madera siberiana no pudo ser empleada, teniendo la empresa que trans-



ESCALAMOS UNA COLINA

He aquí una nueva línea, construida por los coolies, únicos obreros capaces de trabajar en regiones tan tórridas.

portar de Rusia también tan imprescindible material.

La cuestión financiera estaba erizada

de dificultades: el Transiberiano, terminado, ha costado 3.000 millones. El gran financiero ruso Witte debió desplegar lo-

dos los recursos de la inteligencia y de la habilidad eslava para resolver el problema.

Y tal empresa, tanto dinero, tanto esfuerzo desplegado, los 9.600 kilómetros de vía ferrea lanzados por encima del mundo no lograrían impedir la pérdida de Puerto Arturo y de Dalmy, tomados por los japoneses!

Y ahora, para que verdaderamente haga prosperar los desiertos siberianos es preciso hacer una doble vía, pues se dice que el Japón, de nuevo inquieto, aparece amenazador.

Actualmente, sin embargo, el transiberiano ofrece al viajero que se dirige hacia el Extremo-Oriente una economía de trece á quince días y de ochocientas á mil pesetas, comparativamente con el tiempo y el precio del viaje en barco.

El ferrocarril del Cabo á Alejandria, el gran proyecto de los ingleses, es á la vez político y comercial. Realizado, será para ellos un admirable instrumento de fortuna y presentará, sin duda alguna, muchas menos dificultades materiales que el transiberiano. Pero ¡cuántos obstáculos, á pesar de todo, les será preciso vencer antes de extenderse de una á otra extremidad de África, sobre un recorrido de unos 8.000 kilómetros, de los cuales únicamente hay construídos unos dos mil!

Cecil Rhodes, el Napoleón del Cabo, el creador de la Reodesia, el artista de la guerra Anglo-Boer, hombre de pocos escrúpulos, pero de una inteligencia y de una energía excepcional, fué el que concibió el primer pensamiento en este sentido.

Muchos obstáculos han sido ya salvados. Los boers fueron vencidos, y con un ultimátum brutal obligaron á los portugueses á una rectificación de fron-

teras en Mozambique, conquistando así la supremacía sobre todo el Sur Africano. Al Norte, Kitchener venció á los derviches, vengando la muerte de Goudon, reconquistó el Sudán y separó Marchaud de Fachoda.

Se ha pasado ya el Zambéze y franqueado sus saltos de agua con un acueducto que es una maravilla. Pasa á 420 pies de alto y se extiende sobre una extensión total de 65 pies por encima del «humo que canta» — *the smoke that sounds*, — como decían los naturales hablando del río y de sus brumas. Entre Kabamo y Brokem-Hill se construye un puente de 1.700 pies de largo. Además, los ingleses han encontrado carbón en el distrito de Maufungasubi.

Pero en varios lugares es preciso atravesar el territorio extranjero, portugués, belga, alemán, francés y abisinio, antes de llegar á Khartum, en el alto Egipto, que tantas inquietudes produce, ante el temor de un despertar nacional. Más de cien razas diversas se mezclan en el recorrido de la línea... El camino del Cabo al Cairo no está aún abierto á los viajeros.

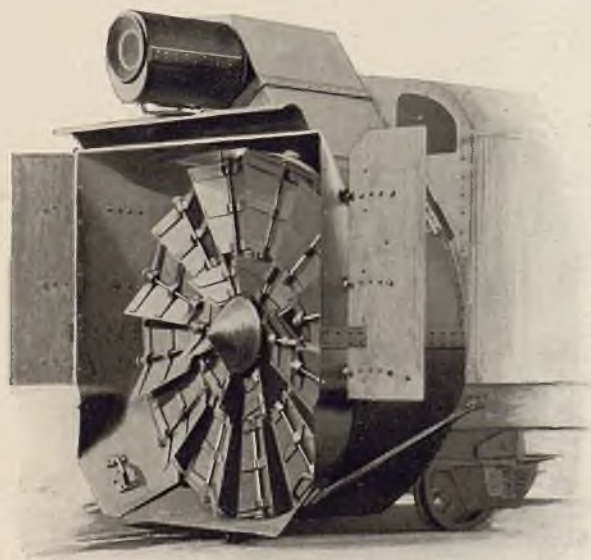
Política y Comercio.

Suscripción original.

Otra línea, proyectada por Alemania, es de interés político, religioso y comercial.

Trátase de la línea del Hedjaz, destinada á afirmar la preeminencia de la «Gran Alemania» asegurándola un magnífico mercado para su exceso de producción industrial.

Debe conducir, desde Constantinopla y Damas, á la Mecca á los musulmanes que se pongan en camino hacia el lugar sagrado de la peregrinación (lado místico) y sería al mismo tiempo una



LA BARREDERA DE NIEVE, ÚLTIMO MODELO.
Especie de hélice de múltiples paletas movida por la máquina. Cuando funciona, la nieve cae en destellos torbellinos á uno y otro lado de la vía.

buena ocasión para vender un depósito considerable de carriles, traviesas de hierro, máquinas — herramientas y material móvil de que desbordan las fábricas alemanas (lado práctico).

Pero no era asunto fácil. Sin duda alguna, el gobierno turco ve con buenos ojos el proyecto del Emperador de Alemania, sobre todo adivinando que sacará dinero del negocio, pero por el momento se vacila y no se sabe cómo resolver la cuestión financiera.

Por poco, el ferrocarril debe costar 125 millones. Para procurarse fondos, el célebre sultán Abdul-Hamid imaginó la venta de cruces. Un suscriptor al ferrocarril de la Meca (50 libras turcas) era nombrado caballero (medalla de nickel); por 100 libras se era nombrado oficial

cas de ferrocarriles del mundo entero. En la actualidad hay en la Tierra unos 860.000 kilómetros de vía ferrea, de los cuales más de 400.000 corresponden a América.

Uno de los que más se ocuparon de los ferrocarriles fué Cornelio Vanderbilt, que, en 1862, ya millonario como armador, se lanzó « sobre los railroads ».

Y comenzó por comprar á infimo precio, y secretamente, las acciones del *Haarlem railway*. Por medio de noticias hábilmente lanzadas y después desmentidas, los jugadores de bolsa á la baja son obligados á volver á comprar á precios fabulosos las acciones que habían tenido la imprudencia de vender á descubierto. Cornelio Vanderbilt obtuvo un beneficio considerable, y como había sacado tan buen provecho de su operación bancaria, poco



MAQUINARIA AMERICANA

La famosa locomotiva «Pionner» á la salida de una de las estaciones de la Compañía Chicago, Melwankee, San Pablo.

(medalla de plata); y pagando más de 100 libras se era comendador. Y como la libra turca vale unas 24 pesetas... Aprovechen la ocasión, si aun es tiempo.

En Austria, se habla de unir Adelajda con Palmerston, de Norte á Sur, á través de los desiertos del centro, á fin de hacer de Palmerita el puerto principal de la línea de paquebotes.

Pero la tierra bendita de los ferrocarriles, sino de los accionistas y de los viajeros, es la descubierta por Cristóbal Colón. Y sin duda, gracias á la loca actividad de los Estados Unidos, América aparece en primer lugar en las estadísti-

cas de ferrocarriles del mundo entero. tiempo después hizo lo mismo con el *Huson river railroad*, comprando después por partes la pequeña línea de Albeng, de Buffalo, fusionando finalmente las tres compañías con el nombre de *New-York central and Hudson river*. Y comenzó á redondear la bonita cifra de mil millones.

Por lo demás, la historia de los ferrocarriles americanos no es sino la lucha de los más poderosos financieros. Su tráfico es formidable. Un neoyorquino va á cenar á Chicago, sin darle importancia, por el gusto de estar con un amigo. Muchas personas no cesan de viajar, para hacer

negocios, entre San Francisco y Nueva York (5.412 kilómetros de un tirón, es decir, seis días de camino); así, las acciones y las obligaciones de *railroads* son el principal alimento de las Bolsas de la Unión, haciendo toda clase de combinaciones para arruinar a los competidores.

Dren Tisk y Jay Gould señalaron por su atrevimiento en esta especie de deporte financiero. En cierta época de su vida, Jay Gould no podía salir a la calle sino acompañado de dos boxeadores, a fin de protegerse contra el furor de la gentes que había arruinado.

El porvenir...

Y todo lo anterior no supone nada comparado con los nuevos inventos destinados a transportarnos de uno a otro lugar con velocidad vertiginosa. Hace días, los periódicos científicos anunciaban un descubrimiento que revolucionará cuanto se

conoce y existe en materia de ferrocarriles. Valiéndose de las atracciones y repulsiones que la electricidad ejerce sobre ciertos metales, inténtase construir, y ya se ha construido un pequeño modelo de tren suspendido, que marcha con velocidad casi igual a la de una bala. Así, el viaje de París a Sevilla, tan fatigoso, no será sino cuestión de unas pocas horas, y lo mismo con el de Madrid a Pekín, u otro punto semejante.

— ¿No saben que almuerzo en Tokio? — nos preguntará cualquier amigo, respondiendo a la invitación que le hacemos galantemente.

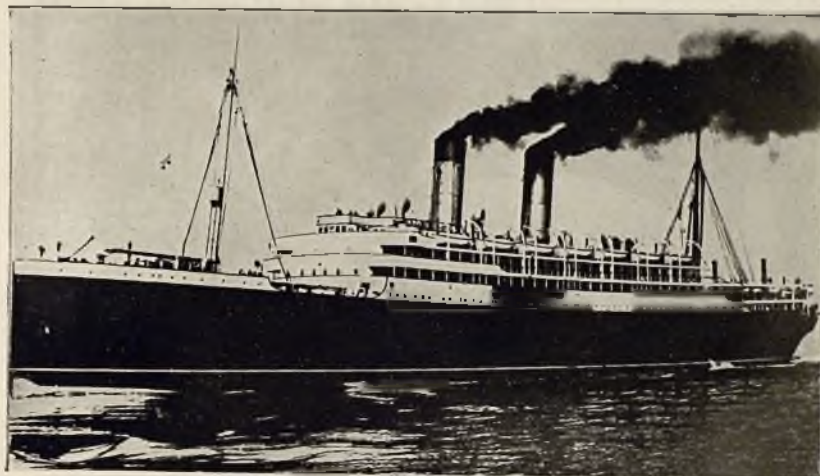
El aeroplano y el hidroplano, que progresan vertiginosamente, como su vuelo, no tardarán tampoco en ofrecernos un agradable y cómodo medio de locomoción. Mientras llega ese día y nos preparamos para viajar por lejanos países, mojemos la pluma en tinta y dispongámonos a escribir la elegía del ferrocarril que ahora llamamos *moderno*...



OTRO NUEVO MODELO DE BARREDERA DE NIEVE.



ACTUALIDADES



El « Empress of Ireland » que se ha ido á pique, á consecuencia del choque con un barco cargado de carbón, el « Storstad ». Esta es una de las catástrofes marítimas más dolorosas.



M. Moulens, que ha sido delegado á Rouen por M. Poincaré, retenido en París, por la larga crisis ministerial.



EL CENTENARIO DE LA BATALLA DE MONTMIRAIL.
Con motivo de esta batalla el general Amade pronunció un discurso ante el monumento conmemorativo.

Un terrible incendio ha destruido en parte la fábrica Clement-Bayard, en Levallois. Los destrozos se elevan á varios miles de francos



M. Poincaré á la salida del Ayuntamiento de Laval, en donde fué recibido con gran entusiasmo.





**M. POINCARÉ EN
FAYÈRES.**

El presidente de la República ha visitado la Bretaña, prosiguiendo su serie de viajes por toda Francia.



En Rennes, M. Poincaré ha felicitado á los instructores rusos que participaron en el concurso federal de gimnasia.



Dos niños, con traje Breton, saludando al Presidente de la República.



LOS ESTANDARTES.
Marchando al frente de las banderas francesas. M. Poincaré suele entrar en los puebleritos que visita.

RENNES.

Carroussel militar ofrecido en honor de M. Poincaré.



Fotografía hecha á la apertura de la nueva Cámara francesa



Los delegados municipales españoles que tan buen papel han hecho en París, fotografiados á la puerta del Hotel P.



EN EL AYUNTAMIENTO DE PARÍS.

Los festejos brindados á los conserjeros extranjeros (españoles, ingleses, rusos), se han desarrollado con el mayor esplendor.



Á TRAVÉS DE PARÍS

Los miembros de los municipios extranjeros visitaron París, guiados por sus colegas franceses. Durante estos paseos hechóse de ver la sólida amistad de franceses y españoles, así como con los delegados ingleses y rusos.

MANIOBRAS INTERNACIONALES DE BOMBEROS EN IVRY, CERCA DE PARÍS.

He aquí en el grabado la maniobra de los bomberos belgas.

M. Poincaré, en sus continuos viajes y visitas, tampoco quiso dejar de ver la exposición canina de París, muy interesante.





S. M. la Reina Cristina, la Infanta Isabel, y la Princesa Beatriz, con algunos concurrentes á la fiesta.



En la tómbola benéfica.



MAESTRO VIVES

Autor de la música de la ópera «Maruxa».



D. LUIS PASCUAL FRUTOS

Autor de la letra de la ópera «Maruxa».



Concurrentes al banquete ofrecido por el nuncio de S. S. al nuevo Cardenal Dr. Guissasola, y á los enviados por S. S. para traer el birrete cardenalicio. Entre los invitados, están el Presidente del Consejo Sr. Dato, los ministros de Gracia y Justicia, y de la Guerra, Presidente del Senado, etc.



D. Manuel de Saralegui, leyendo su discurso de entrada en la Real Academia Española, en sesión presidida por D. Antonio Manra.



Monseñor Arboño-Mella di Sant'Elia, y su secretario el canónigo Dr. Magnanensi, con el Guardia noble del Vaticano, Conde Paolini, que han venido á traer el birrete cardenalicio al nuevo Purpurado Dr. Guissasola.



Bendición de automóviles y Side-Cars.



S. A. la Infanta Isabel en la fiesta del Retiro.



Doña Concha Espina de Lema, ilustre escritora que acaba de publicar la novela « La esfinge maragata. »



Sesión de clausura de la Asamblea Nacional de Secretarios de Ayuntamiento, presidida por el Ministro de la Gobernación.



Salida de Palacio del Nuncio de S. S., Prelados é invitados al banquete ofrecido por SS. MM. al nuevo Cardenal Dr. Guissasola.



El famoso escultor norteamericano Mr. Herbert Aseltine, terminando el boceto de la estatua ecuestre de D. Alfonso XIII, que está haciendo con destino al Museo Hispánico de Nueva-York.



SS. MM. los Reyes, al salir de Palacio, comprando flores.



Ejercicios en El Pardo, de Sanidad militar, por los nuevos médicos militares que acaban de ingresar en el Cuerpo.

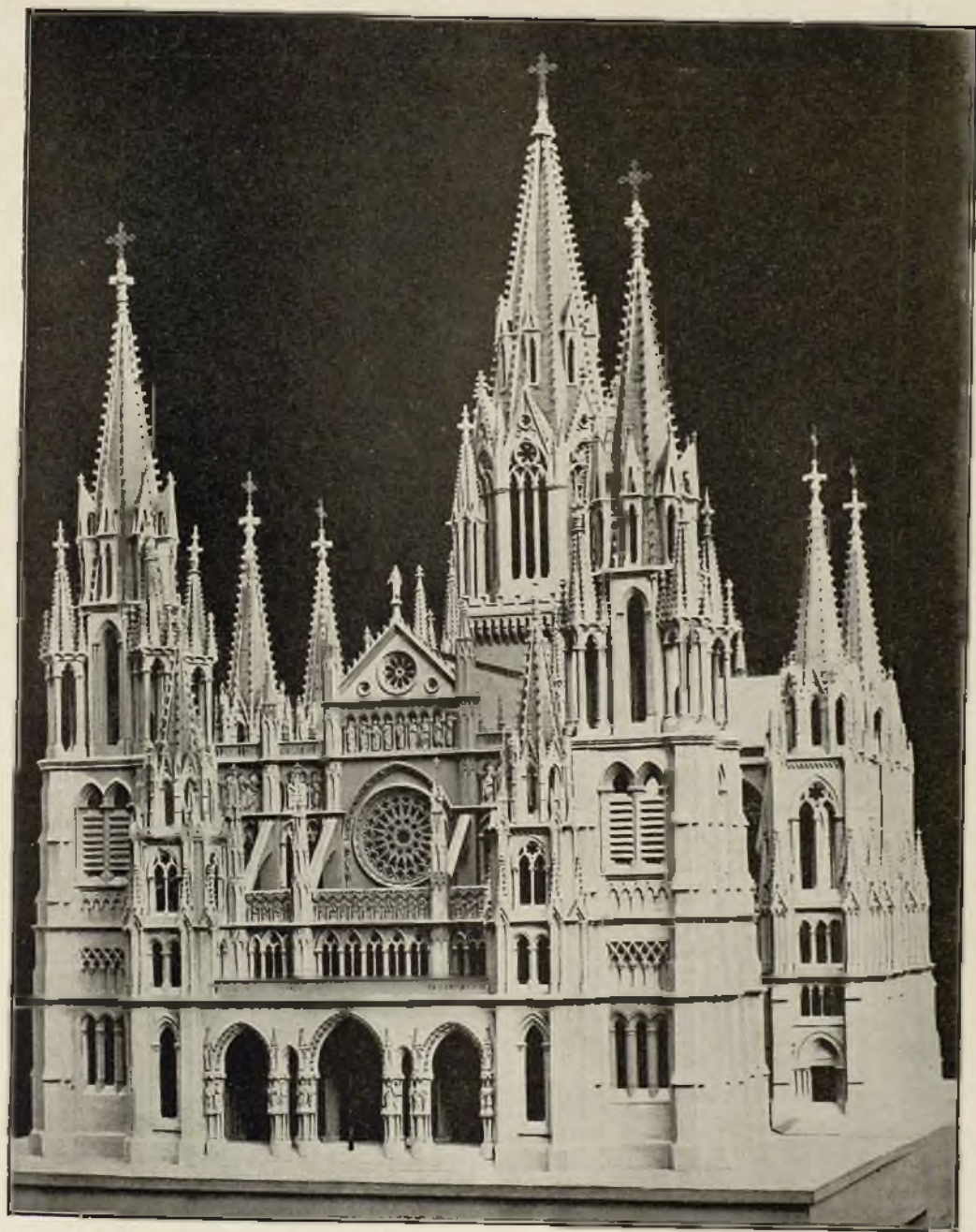


MANIOBRAS DE SANIDAD MILITAR.
El carro-ambulancia.



Ensayo de una camilla destinada al transporte de heridos.

LA CATEDRAL DE MADRID



LA CATEDRAL DE LA ALMUDENA

*El ilustre arquitecto don Francisco de Cubas, Marqués de Cubas, hizo el magnífico proyecto, colocándose la primera piedra de la Catedral el día 4 de abril de 1883.
A tan solemne ceremonia asistió la Familia Real.*



He aquí la fotografía del altar mayor de la cripta. Como se ve, esta parte del templo está completamente concluida y no puede ser más sencillamente elegante y majestuosa.

Nuestra Señora de la Almudena

LA TRADICIÓN, LA CRIPTA, TRABAJOS REALIZADOS
HABLA EL ARQUITECTO SEÑOR REPULLÉS

CONSTRÚYESE el templo catedral de Nuestra Señora de la Almudena en un terreno contiguo al Palacio de los Reyes de España, cuya superficie mide aproximadamente unos 5.850 metros cuadrados. Este emplazamiento obedece a piadosas razones, de las que enteraremos brevemente al lector.

Hacia el año 1820, según el cronista madrileño don Carlos Cambronero, o en 1850, como afirma Mesonero Romanos,

derribóse el arco que allí cerca existía en 1708, llamado de la Vega, y que Baena describió en estos términos, en 1786 (1):

« La única puerta que permanece en el sitio, de las primitivas de Madrid, es la de la Vega, llamada así por la gran vega que se descubre desde ella; mira al Poniente sobre el río; en lo antiguo era muy an-

(1) La fiesta de toros en Madrid. Citada por Rincón Lazcano.

gosta, pero la fábrica que tiene hoy se hizo de nuevo el año 1708.

» Es un arco grande y dos postigos á los lados, y sobre el de en medio otro cerrado, donde de la parte del campo hay una imagen de Nuestra Señora de la Almudena, y de la de Madrid, una lápida en que se dice cuando se labró y en que consta lo siguiente :

« Reynando las Españas don Phelipe « Quinto el Animoso y doña Maria Luisa « de Saboya, en el año de 1707, que nació « el Príncipe Deseado de las Asturias « Luis Primero, se derribó el antiguo cubo « en que estuvo la imagen de la Almudena, « desde año de 712 hasta el de 1.085, en « que reinaba don Alonso el Sesto de Cas- « tilla, quien mandó hacer rogativa en « todo el Reyno por las cuales fue apa- « recida y colocada donde hoy se venera. « Se hizo esta portada año de 1708. Gober- « nando Castilla, Aragón y Madrid don

« Francisco Ronquillo, Cavallero del Or- « den de Calatrava. Corregidor de esta « villa, don Alonso Pérez de Saavedra y « Nava, Conde de la Jarrosa ».

Refiere Cambronero que, cuando desapareció esta puerta, la efígie de la Virgen fué colocada en la fachada de la casa de los Pajes, próxima de allí, y años después, en 1830, en la hornacina de un murallón construido á tal efecto.

Por su parte, Mesonero Romanos (1) escribía en 1854, hablando de la parroquia de Santa Maria :

« ...Finalmente, la sagrada imagen de Nuestra Señora de la Almudena, patrona de Madrid que en ella se venera, es uno de los objetos más señalados del entusiasmo del vecindario y de su devoción.

» Cuenta la tradición que esta sagrada imagen fué escondida por los cristianos

(1) *Nuevo Manual histórico-topográfico estadístico y descripción de Madrid.*



LA CATEDRAL DE MADRID

Esta es la puerta de entrada de la cripta, que da á la calle Mayor. Aunque no es una de las partes más importantes del edificio, como el resto de él, tiene gran majestad de líneas.

en un cubo contiguo á la muralla, en donde estuvo oculta durante la dominación de los sarracenos, hasta que fué hallada milagrosamente en el año mismo de la Reconquista. De aquí parece venir el nombre de la Almudena, por haber sido hallada contigua al Almodín ó Alhóndiga de los moros.

» Esta parroquia está situada al fin de la calle Mayor, antes de la Almudena, y en la actualidad (1854) — por estarse ejecutando en ella obras de consideración — se halla cerrada para el culto, y la imagen de Nuestra Señora ha sido trasladada á la iglesia de Religiosas del Sacramento ».

Saltemos, para abreviar, unos pocos años. En 1869 fué derribada dicha iglesia de Santa María y se pensó construirla nuevamente junto al torreón de la muralla donde la sagrada imagen yacía oculta.

El ilustre arquitecto don Francisco de Cubas, Marqués de Cubas, hizo el magnífico proyecto, colocándose la primera piedra de la Catedral el día 4 de abril de 1883. A esta solemne ceremonia asistió la Familia Real.

Su Santidad el Papa León XIII ordenaba poco después por medio de Bula al Obispado de Madrid-Alcalá, que el templo en cuestión fuese la definitiva Catedral de la coronada villa.

A tal fin dicho proyecto fué debidamente modificado, engrandeciéndole. En medio del mayor entusiasmo comenzaron las obras, y todo hacía creer que la notable fábrica quedaría terminada en plazo relativamente corto, dada su grandiosidad.

El monarca don Alfonso XII, fervoroso alentador de ellas, cedió los terrenos necesarios, y además 125.000 pesetas. A esta suma inicial añadió posteriormente otras de consideración, debiéndose hacer constar que en esta empresa le secundaron su augusta madre doña Isabel II — la cual cedió varias alhajas valiosísimas, — la Reina doña María Cristina, las Princesas é ilustres damas de la corte.

El Estado contribuyó asimismo asignando una subvención anual de 100.000 pesetas, y por último, todos los prelados que sucesivamente ocuparon la diócesis, y en particular el Excmo. Cardenal Sancho, contribuyeron de un modo moral y material á la prosecución de los trabajos.

Organizáronse Juntas para arbitrar recursos, y la piedad de los españoles res-

pondió con donativos, limosnas, legados, etcétera.

« El 24 de noviembre de 1888 se entregó la imagen á la Junta de obras, y ésta la depositó en la cripta de la futura Catedral, volviendo á colocarla otra vez, hace pocos años, muy cerca del sitio donde antes estaba » (1).

En mayo de 1911 quedó concluida la grandiosa cripta, de estilo románico, que es el que corresponde á la época de la Reconquista. Dotada del moblaje y accesorios indispensables al culto, el día 29 de dicho mes verificóse la traslación de la antigua imagen de Nuestra Señora de la Almudena en solemnisima procesión presidida por SS. AA. los Infantes doña María Teresa y don Fernando. El 31 fue celebrada la gran misa de inauguración de la cripta, con asistencia de toda la Familia Real, del Gobierno en pleno, Prelados y representaciones de todas las clases sociales. El señor Obispo de Canarias había bendecido el nuevo templo.

Una vez que las autoridades civiles y eclesiásticas autorizaron los enterramientos en la cripta, con arreglo á las oportunas condiciones, lo primero que hizo la Junta fué ceder una de las capillas al insigne arquitecto, autor del proyecto y generoso director de las obras hasta su muerte (2), don Francisco de Cubas y González Montes, en la que yace enterrado éste con su virtuosa compañera doña Matilde de Erice y Urquijo.

En enero de 1899 falleció el señor Marqués, sucediéndole don Miguel Olavarria, quien en el breve espacio de tiempo durante el cual dirigió las obras (murió en mayo de 1904) realizó diversos trabajos, algunos de ellos tan notables como la mayoría de los dibujos de los capiteles (382) que tiene la cripta. Sucedióle don Enrique M. de Repullés y Vargas, á quien auxilia don Juan Moya.

Del acierto, entusiasmo y competencia con que el ilustre arquitecto señor Repullés dirige los trabajos de la catedral, no es preciso hablar aquí. Infinidad de obras han proclamado sus sobresalientes dotes, y en la memoria de todos están presentes

(1) *Historia de los Monumentos de la Villa de Madrid*, utilísima obra de don José Wicón Lazcano.

(2) El ilustre marqués no sólo dió gratuitamente sus trabajos, sino que costeó de su bolsillo particular los gastos de levantamiento de planos, acuarelas, etcétera.



Magnífico altar de la capilla de los Condes de Alcentales.

las notabilísimas edificaciones de que es autor, entre las que citaremos la Bolsa de Madrid (elegida en concurso); la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles; la de Santa Cristina; la de la Divina Pastora; la restauración — tan admirable — de la de los Jerónimos, y la Basílica que en Alba de Tormes se está construyendo, dedicada á Santa Teresa de Jesús.

A él acudimos en busca de más datos

relacionados con la nueva Catedral, y el señor Repullés, que tiene tanto talento como bonzad, nos facilitó los siguientes :

« La superficie del terreno ocupado por la construcción es próximamente de 5.850 metros cuadrados, y las dimensiones de las diferentes partes del edificio serán las siguientes en metros :

Longitud de la nave central hasta el ábside. 74



Detalle de la cripta, en dirección al organo.



Naves laterales de la cripta. Vista de una de ellas.

- Idem del crucero. . . 66
 Ancho de la nave mayor 12.40
 Idem de las laterales . 6
 Idem de las capillas . 6
 Altura de la nave mayor . . 32
 Idem de las laterales y capillas. . 11
 Idem de la cripta . . 9
 Idem de la torre central (crucero) . . 98
 Idem de las torres laterales. . . 78

» El estilo del edificio será para la Catedral el ojival del siglo XIV, y románico el de la cripta, habiéndose



Magnífico pila bautismal, de mármol, á la entrada de la cripta.

hecho del mismo todos los detalles de moblaje, vidrieras, etc., bajo dibujos y modelos de la dirección de las obras.

» La Catedral estará formada por tres naves con sus correspondientes capillas laterales, girola y capillas absidales.

» La fachada principal, que dará frente á la plaza de la Armería, tendrá unos cuarenta y cinco metros desde la escalinata. La altura del cimborrio, hasta la cruz, es de 102 metros.

» Por el lado que da á la calle de

de la cripta, habiéndose Bailén, ó sea el que corresponde á salien-

te, se construirá el claustro, con arreglo á un proyecto del que soy autor.

» Como la Catedral se levanta en una rampa, la profundidad de los cimientos varía entre diez y ocho y veinticinco metros.

» Terminadas las obras de la cripta y abierta al culto, la Junta emprendió inmediatamente la construcción de la parte alta, ó sea la verdadera Catedral, haciendo los contratos necesarios para la piedra de los zócalos, que comenzaron á colocarse en el año de 1911, empleando la caliza de Bocairente (Alicante) y contratando la de Aimorquí, muy experimentada y conocida, para muros y pilares.

» Se ha sentado ya el zócalo en todo el cuerpo principal del templo, sus capillas laterales y pilares; se han elevado cinco de estos exentos, hasta la altura de capiteles, en la nave principal del lado del Evangelio; se han sentado también los zócalos de los grandes pilares del crucero, trabajándose en la actualidad en los de la capilla mayor; y hecho el estudio y replanteo del ábside, se han formulado los primeros pedidos de piedra para el mismo. Esto, dicho en pocas palabras, representa un trabajo de importancia, pues el número de piedras colocado es de 1.460, correspondiendo 828 á los zócalos y 632 á los pilares.

» El impulso dado á las obras ha obligado á ensanchar el taller de cantería, donde trabajan, por término medio, 30 oficiales.

» Entre tanto, se han realizado en la cripta las obras de decoración de las capillas destinadas á enterramientos, en las cuales las familias propietarias han rivalizado en gusto y suntuosidad, siempre dentro del carácter arquitectónico del edificio y bajo la dirección artística, empleando mármoles, bronce y mosaicos.

» En sitio oportuno y visible se ha colocado la antigua imagen de « Nuestra Señora de la Flor de Lis », pintada sobre un muro de la primitiva iglesia, que fué

cortado con toda clase de precauciones y conservado en la iglesia del Convento del Sacramento, de donde fué trasladado á la cripta, y se está ejecutando el correspondiente retablo.

» Hasta el día importa lo gastado en todos conceptos en las obras de la cripta y Catedral, 6.709.547,40 pesetas.

» Me satisface manifestar que todas las obras han sido realizadas por españoles, y especialmente madrileños, y que los materiales empleados son asimismo, excepto los mosaicos, y parte de la piedra, del país. El magnífico órgano, admiración de todo el que lo oye, costó 45.000 pesetas.

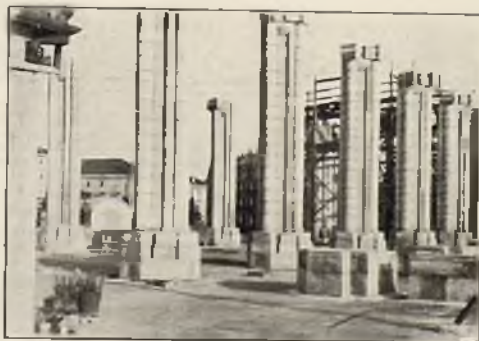
» Las casas y maestros que han ejecutado las principales obras complementarias de la cripta son las siguientes :

» *Obras de mármol*, Alfonso Ramos, el altar principal, y Alguero é hijo, otros altares, balaustradas, pavimentos, etc. — *Obras de bronce*, Herráiz y C.^a. — *Carpintería y ebanistería*, José Suárez. — *Vidrieras pintadas*, Maumejean hermanos, y Lampérez. — *Cerrajería artística* (verjas y herrajes), Eugenio Marinas. — *Órgano*, Ricardo Rodríguez.

» La piedra empleada en la construcción de la cripta es la caliza procedente de Chao de Maças (Portugal) ».

Aquí terminó el eminente arquitecto, á quien escuchamos complacidos. Ignórase cuándo quedará concluido tan maravilloso templo, orgullo de los madrileños, porque los gastos son y han de ser cuantiosísimos, y los recursos de que se dispone, mezquinos. Confiase, sin embargo, en la piedad y en el entusiasmo de los poderosos y aun de los humildes. Todos, dentro de sus fuerzas, contribuirán á que avance esta obra arquitectónica asombrosa y que hemos admirado detenidamente, acompañados del señor Rullés y del distinguido maestro de obras don Antonio Fernández, amable y deferentísimo.

E. RAMÍREZ ANGEL.



(Fotografías de Vidal).

Estado actual de las obras.



*Era una casa triste, asoleada. Una que otra muchacha
asomaba la faz curiosa, en las tardes, por entre
los balaustres de las rejas...*

EPISODIO FANTÁSTICO

(Cuento de Gran Guignol).

EL hombre de pupilas de acero miróme fijamente y me dijo, la voz también metálica:

Por aquel tiempo, cursaba el bachillerato en la Capital de la provincia. Cuando llegaron las vacaciones de aquel año propuse, a un compañero de estudios, un viaje de recreo a un pueblo de las cercanías, a fin de disfrutar en pleno campo del asueto escolar. Ambos éramos camaradas desde la infancia. Nos unía una amistad profunda, no obstante la diversidad de temperamento y de fortuna. El era un poco sentimental; yo, positivista convencido; sus padres se habían enriquecido de la noche a la mañana en operaciones bursátiles; los míos eran pobres.

Hicimos, pues, nuestros preparativos y nos marchamos al pueblo. Era una aldea triste, asoleada. Una que otra muchacha asomaba la faz curiosa, en las tardes, por entre los balaustres de las rejas. Carretas chillaban en las calles. Un sol ardiente caía a plomo sobre los techos. Los cactus erguían sus brazos espinosos en la campiña reverberante, y perros vagabundos aullaban a lo lejos en las noches obscuras.

Nos alojamos lo mejor que pudimos. Desde el mismo día del arribo nos dimos a buscar una casita que correspondiera con su discreción a nuestro intento de divertirnos, sin que nos molestase la curiosi-

dad aldeana, como muchachos primerizos con ganas de distraerse.

Dimos con ella a los pocos días. Una especie de quinta modesta, con cierto lujo en el mobiliaje. La sala estaba decorada con espejos dorados, sillones, una araña de cristal en el centro, un reloj y un piano en el fondo. Opuesto al piano, en la pared lateral, nos llamó la atención un trofeo de caza empolvado. Dos grandes cuchillos que lucía en cruz conservaban aún huellas de sangre. El morral, ennegrecido, y las dos escopetas, tomadas de orín, todo ello contrastaba con la limpieza que se notaba en el resto de la casa. Por su soledad, en las afueras del pueblo, la morada correspondía a nuestros deseos, y tomamos el alquiler en seguida. El guarda, entonces, un anciano campesino, rompió el silencio con voz grave, en un tono casi paternal: — « Tal vez ustedes ignoren, nos dijo, lo que se cuenta de esta casa. Yo mismo no podría asegurar si no es cierto, porque sólo vengo aquí de día. Su dueño era un cazador maniático. Vivía solo. Se embriagaba a menudo. Una mañana le hallaron muerto aquí, en este salón; se había degollado con uno de esos cuchillos de caza. La quinta permaneció cerrada largo tiempo. La gente del pueblo hablaba de apariciones... Un día, un extranjero vino a habitarla, riéndose de los decires corrientes sobre el suicida y la



Tal vez ustedes ignoren, me dijo, lo que se cuenta de esta casa. Yo mismo no podría asegurar si no es cierto, porque sólo vengo aquí de día... Una mañana le hallaron muerto aquí, en este salón: se había degollado con ese cuchillo de caza...

casa. Varios días después le encontraron también degollado en las mismas condiciones del otro. Desde entonces nadie se resuelve á habitarla... Yo sólo vengo de día. Se cuenta que en la alta noche la escena del degollamiento del cazador se reproduce en estos espejos. No sé decirles... »

— Buen hombre — le interrumpí — esos son cuentos de camino, ociosidades de

estas pobres gentes supersticiosas. Haga prepararnos lo conveniente, que desde mañana vendremos á vivir aquí. ¿Verdad, Leopoldo?

Mi amigo afirmó con la cabeza, pensativo.

Aquel día — ¿á qué negarlo? — yo me sentía un poco inquieto. Aquella historia de suicidas, los cuchillos ensangren-

tados, los espejos reproductores de la tragedia, el aspecto medroso de la casa, la nerviosidad de mi amigo, que en todo aquel día miré pálido, todo eso producía en mí una desazón desconocida. En vano invocaba mis teorías filosóficas, en vano; aquel ambiente de misterio y de tragedia me dominaba. ¿A qué negarlo? Llegué a sentir un terror vago. Me vi en el espejo y me hallé pálido, como mi amigo...

Habíamos convenido en juntarnos esa noche, á las diez, en un sitio dado, una piedra cercana al camino carretero, no lejos de la casa. Terminada la cena, nos dijimos « hasta luego », sin mirarnos. Lo que pasó después nunca he podido explicármelo. Está fijo, sin embargo, en mi mente é indeleble en mi corazón y todavía me hace temblar.

Era una noche opaca, de esas que dan relieves inverosímiles á las cosas. Antes de las diez, dirigí mis pasos hacia el sitio convenido. Mi amigo estaba allí, trajeado de luto. Echamos á andar en silencio. Un pesado mutismo caía sobre nosotros. Durante el trayecto observé que mi compañero sólo marchaba delante de mí ó á mi lado, nunca detrás. La casa emergió entre las sombras, impresionante. Penetramos en ella, encendi apresuradamente las luces y me dejé caer en un sillón. Mi amigo empezó á pasearse poseído de nerviosidad. Fueron dos horas tremendas. En la alta noche el tic-tac del reloj llenaba el silencio que nos envolvía, cual si fuera el latido del corazón de la casa. Mi amigo seguía paseando cada vez más pálido, mirando el reloj, y á medida que las manecillas se acercaban á las doce, su palidez iba aumentando. Sus ojos adquirían un brillo insólito. Sus facciones se afilaban. Mi excitación crecía con la suya. Cuando el reloj dejó oír las doce, la escena que se sucedió tuvo la duración de un relámpago. Mi amigo se abalanzó hacia el trofeo de caza, apoderóse de uno de sus cuchillos, y con rapidez fulminante se degolló. Lanzando un grito de angustia, yo había corrido á detenerle, pero en aquel instante una visión parecida fulguraba en las lunas de los espejos. El pavor paralizó mis músculos. Aquellos espejos infernales giraron

locamente en mi imaginación exasperada y no pude más

— ¿Y después? — hube de preguntarle verdaderamente interesado.

— ¿Después? Es lo misterioso; lo que nunca he podido explicarme, acaso porque el misterio no está sino en nosotros.

Y el hombre de las pupilas de acero clavólas de nuevo en las mías y prosiguió:

— El guarda vino á la mañana siguiente y me despertó. « ¿No se lo advertí ayer? — le oía repetir mientras me incorporaba sin recordar del todo lo acaecido. — Pero ustedes los instruidos de la ciudad no atienden sino á la propia experiencia. Por fortuna su compañero...

— « ¿Dónde está? » — le interrumpí sobresaltado, recordando la escena trágica.

— « ¿Dónde? no lo sé... Usted ha venido solo...

— « ¡Solo! — grité sin poder contenerme. — Pero si él ha venido conmigo. ¡Hemos estado aquí juntos!

— « Usted sueña todavía. Aquí no ha entrado sino usted. Yo le seguí desde lejos hasta que le vi penetrar en la casa y encender las luces. Usted vino solo, completamente solo.

No quise escuchar más y hui de aquella casa siniestra. La luz del sol bañó mis ojos y aspiré con delicia el aire puro del campo. Ya más calmado, tomé el camino de la posada. Mi amigo dormía aún, á juzgar por la puerta cerrada. Impaciente por descifrar el enigma, llamé repetidas veces. « ¡Leopoldo, Leopoldo! » Un silencio como el que nos envolvía la noche anterior. Logré forzar la puerta. Mi sorpresa no tuvo límites. ¡Mi amigo estaba allí, sobre el lecho, trajeado de luto, tal como le viera en el momento de la tragedia!

¡Mi amigo estaba allí, mirándome desde el fondo de sus pupilas ahietas é inmóviles; un reguero de sangre partía, coagulado, del cuello, y la diestra crispábase en un supremo gesto de horror, sobre un cuchillo de caza. ¡Mi amigo estaba allí dormido para siempre, vestido de luto, impenetrable y silencioso, como un misterio!

ISMAEL
URDANETA.





DAKAR

He aquí uno de los lugares más importantes de Dakar, la plaza Protet, centro del movimiento y en donde la gente elegante luce sus trajes.

La gran ciudad naciente

(IMPRESIÓN)



DAKAR se ofrece ante los ojos del viajero siempre de un modo agradable y, hasta cierto punto, inesperado. La costa baja y tendida del Senegal oculta la perspectiva de la tierra. Esa tierra deseada del navegante como un reposo, y que, en la sensación de los primeros momentos, hace desaparecer toda idea de regiones geográficas para no ver más que la tierra.

Es Dakar una ciudad naciente, una posesión francesa que se desarrolla y se extiende con rapidez y que, por su situación en la ruta de Europa y América del Sur, está llamada a desempeñar el papel más importante de las ciudades futuras, cuando

el ferrocarril del Sahara deje de ser una utopía para convertirse en una realidad.

Hoy día, la ciudad de la costa africana, tiene algo de improvisado en su aspecto; ese tono ligero y agradable de las poblaciones tropicales que nos sorprende por su sencillez a los que estamos acostumbrados a admirar las moles de las grandes fábricas de piedra. Es inútil buscar allí piedras patinosas, piedras ennegrecidas por la hulla, piedras históricas. La ciudad no tiene historia y apenas tiene edad. Es una factoría que, gracias al esfuerzo de su comercio, se desarrolla y se engrandece. Sus casas son de ladrillo de color ó de madera; sus techos de alcatifa y sus em-



DAKAR

Dakar. — El lugarejo indígena, que continúa la avenida de Gambetta.

palizadas de cañizos ligeros y sencillos. Muchas ventanas, muchas terrazas, muchos huecos para dejar penetrar el aire; para respirar en aquella atmósfera cálida y pesante que la envuelve.

Hay toldos en todas las casas, y en sus plazas árboles espesos y altísimos: la preocupación constante del aire y de la sombra.

Los moradores van vestidos de blanco ó de colores vivos... cuando van vestidos.

A primera vista, Dakar nos parece una aldea andaluza, y la impresión perduraria sin la contemplación de sus habitantes. Nos sorprenden las caras negras con el traje europeo. Hay negritos correctamente vestidos de americana y damas de cara de charol con sombreros de moda. Esta es la *élite*, la buena sociedad indígena. El pueblo conserva sus trajes y sus desnudos pintorescos; entre la multitud que se agrupa en la plaza se forma un conjunto abigarrado: telas de listas y de cuadros amarillos, azules, verdes y rosas medio cubriendo los lustrosos cuerpos negros.

Las mujeres llevan, rodeados á la cabeza,

pañuelos multicolores, y sujetos por la faja á la cintura los chiclelos de grandes cabezas y brillantes ojos, que parecen mirar á la vida con una inocente expresión de asombro.

Ante la puerta de una casa tres muchachos (ó muchachas) negros muelen el *alcuzcúz* en grandes morteros de tablas, semejantes á medias botas, con largos palos parecidos á remos; y más lejos, un hombre de rostro reposado y tranquilo fuma de pie su pipa y arranca extraños sonidos á un raro instrumento de cuerda, que tiene entre sus manos. Son tres ó cuatro notas que se combinan siempre con ritmo y tiempo igual, en una cadencia lenta y monótona, la cual recuerda algo de la guitarra y algo del violín.

Observé en las mujeres exceso de adornos: brazaletes, collares, sortijas y aretes. Muchas llevan el cigarrillo en la boca con una graciosa desenvoltura que envidiarían las coquetas europeas si, entre sus labios gruesos, no se convirtiera en una mueca el gesto grácil y desenfadado. Están mezcladas las razas negras de diferen-

tes tribus africanas en Dakar, y las hay de rostros más ó menos bellos y nobles; pero, en general, da la impresión de una raza joven y fuerte.

Una multitud de piraguas rodcan el trasatlántico. Son barquitas estrechas y ligeras, que dirigen con largos remos de forma plana. Los negros que las tripulan son verdaderas estatuas humanas, admirablemente formadas, de una musculatura elegante, juvenil, como estatuas griegas modeladas en bronce. Van completamente desnudos, con un taparrabo de color. En verdad, para merecer la admiración de la forma ágil, perfecta y graciosa, les sobran las manos y las cabezas. Las manos son demasiado grandes, demasiado largos los brazos, y á las cabezas les sobra estupidez ó precocidad.

Todos gritan un nombre de mujer á las que se asoman á la borda del barco: « Mariana ». Sin duda no conocen otro nombre de mujer europea; y todos piden dinero ó comestibles con una mirada expresiva.

Hay aquí una diversión común á toda la costa africana, que consiste en arrojar monedas al agua para que los negros chapuceen á buscarlas. Se lanzan como cachorros de caza, entre las olas, en este mar terrible, donde los tiburones los acechan, y recogen la moneda del fondo para salir ostentándola triunfantes entre los dientes. Por una peseta pasan de un lado á otro bajo la quilla del trasatlántico, y á veces se les ve luchar con otro compañero dentro del agua, con una agilidad y destreza graciosas é incomparables.

Cuando reaparecen sonriendo al sol, con los ojos de cristal amarillento y los dientes de un blanco brillante, tienen una expresión de inteligencia, que les presta el triunfo, bajo la innoble cabeza asquerosamente recubierta de costras.

El agua ha resbalado por sus cuerpos aceitosos y charolados como los hipopótamos; se ha deshecho en perlas azules en torno de ellos y parece que su piel no se ha humedecido siquiera.

Mientras los negros desnudos se dedican á este juego peligroso y encantador,



DAKAR

Los instrumentos de trabajo no son de gran elegancia, pero no impiden que el cuscuz sea un alimento muy aceptable.

las negras vestidas suben al barco y establecen en la cubierta esa tienda, que es la misma siempre en todos los países de tránsito. La misma tiendecita de telas de seda y de hilo con primorosos bordados, los mismos velos de gasa y los mismos objetos de marfil, tallados con paciencia en los colmillos de elefante, y que invariablemente representan la pagoda, el puente de los elefantes ó las damitas japonesas con su aspecto de muñecas ostentando la sombrilla y el abanico clásicos. Es inútil buscar un objeto de industria verdaderamente indígena, original, primitivo, carácter rústico. Lo que compremos allí para nuestro museo de recuerdos de viaje, lo mismo podremos decir que lo adquirimos en Dakar, que en Canarias, en Berlín ó en el Japón.



DAKAR

En el mercado, que como en todas las poblaciones africanas es el lugar principal de reunión, siempre hay gente en amable conversación, ó traficando.

Me llaman la atención unas negras, vestidas sólo de cintura abajo, que ostentan sobre el busto desnudo infinidad de dijes, cadenas y cordones. Llevan unas parecidas á esas piedras de color, que con una borlay un cordón de seda, han constituido el *pendentif*, de moda para las parisienses, el pasado otoño. Es rara la mezcla de coquetería y suciedad de estas hembras, que cuidan del adorno y descuidan las cabelleras, como casi todas las mujeres africanas.

Muchas damas se acercan á contemplarlas con curiosidad. Me fijo más en ellas que en las negritas, y las veo tranquilas, satisfechas, sin el menor asomo de pudor ó enojo; ni siquiera esa sombra de contrariedad ó de ligero disgusto que tenemos siempre ante un traje provocativo. Es que el desnudo de la negra no ofende ni alarma. Pese á todos los altruismos y á todos los razonamientos, la negra no nos parece nuestra semejante. Es en vano que el juicio discurra y raciocine: el sentimiento ordena con imperio, arbitrariamente, y jamás, en sus primeros impulsos,

se le puede contrariar. Una de las negras lleva alrededor del cuello un aro de metal grueso y que debe tener más de un kilogramo de peso. Es el distintivo de una de las razas negras. Esas enormes argollas se cierran á martillazos, colocando la cabeza sobre un yunque, y ya es imposible quitarlo. Si la que lo lleva engruesa, cosa muy corriente entre las negras, cuya belleza se estima más por la obesidad que por la corrección de líneas, el collar queda incrustado en la carne de un modo doloroso.

Al poco tiempo se puede distinguir entre las diversas razas negras que nos rodean: *Toucouleur*, *Voloff* y *Bambara*. Las primeras me parecen las más bellas, y las últimas las más inteligentes. Hay allí negros de casi todas las regiones de África, que han acudido é esa ciudad naciente, donde encuentran mayor facilidad para la vida que en sus aldeas y sus desiertos, en ese país ingrato lleno de crueles enemigos del hombre, que tiene que luchar con sus enfermedades, sus fieras y su clima.

Un negro, que me ha visto rebuscar en

la tiendecita, me ofrece un cuchillo de acero, con una enorme hoja plana, puño de madera y funda de piel de serpiente boa. Es una piel admirable, curtida, acorada, de reflejos metálicos como una armadura de metal. En un francés gutural y bárbaro, el negro me cuenta que la serpiente es un huésped habitual en sus moradas. Me afirma que son buenas y que no acometen cuando no se las quiere hacer mal. Cree con superstición que ha cometido un crimen apoderándose de aquel animal sagrado para servirse de su piel, y asegura que tiene prisa de que melleve su cuchillo para ocultar su delito. Oyéndolo se creería que la serpiente es para él un objeto de culto y que, como los antiguos romanos, le ofrecería el huevo y la miel para tenerla propicia entre sus dioses lares... Pero yo he visto la semejanza de los adornos de las mujeres del Senegal con las parisienses, y creo que pueda haber también parecido entre los trucos de negros y europeos.

Entre tanto el barco ha acabado de hacer su provisión de carbón. El Estado francés da toda clase de facilidades para que los navegantes acudan á aquel puerto colonial, y la ciudad naciente se desarrolle con la mayor rapidez posible. Tal vez

Dakar constituya un peligro para las provincias isleñas de España, que no se preocupa de contrarrestarlo. Este es un pueblo que deberá toda su vida futura á su excelente situación geográfica y que, si pone en comunicación el nuevo continente con el otro lado del desierto africano, no es aventurado afirmar que será una de las grandes ciudades del porvenir.

Nos alejamos de ella con esa tristeza que causa volver á emprender una larga caminata por las invisibles rutas del mar. Nos parece que somos prófugos sorprendidos en su intento de evasión. Dakar queda como un punto de luz perdida en la ribera de la tierra africana; parece una nueva estrella que se esconde en el horizonte, donde ha de hundirse nuestra estrella polar mientras nosotros caminamos bajo constelaciones desconocidas. Y los que nos hemos creído en nuestra patria en Dakar, nos sentimos extraños y expatriados cuando el cielo que brilla sobre nuestras cabezas no es el mismo cielo que cobijó nuestra infancia... y pensamos involuntariamente si la verdadera patria no está vinculada en ese polvo de oro de los mundos que se tiende sobre el infinito del azul.

CARMEN DE BURGOS. 22
(Colombine.)



Mujer de Dakar.

Notabilidades Hispano-Americanas en París



Foto Chéri Rousseau.

EXCMO. SR. MARQUÉS MANUEL DE PERALTA, ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO
PLENIPOTENCIARIO DE LA REPUBLICA DE COSTA-RICA

Aunque bastante joven, ha obtenido no pocos triunfos diplomáticos, y su nombramiento para su actual puesto no puede ser más acertado. Felicítámoste, y al mismo tiempo á su gobierno, que así supo mostrar su gran conocimiento de las gentes y de las cosas.



MOZART ÍNTIMO



J. WOLFGANGO MOZART.



MOZART ÍNTIMO



El barón Grimm — uno de los críticos literarios más apreciables del siglo XVIII y que fué el protector decidido de Mozart — da cuenta, en la siguiente forma, de las primeras entrevistas que celebró con el « virtuosito », quien apenas contaba unos siete años de edad :

piezas más difíciles con sus manecitas, que apenas pueden alcanzar la sexta; lo increíble es verle improvisar durante media hora seguida, dejándose llevar por la inspiración de su genio, prodigando ideas encantadoras que sabe enlazar con gusto y sin confusión. El mejor maestro de ca-



SALZBURGO. — PATRIA DE MOZART.
(Estampa de la época).

« Paris, 1.º de diciembre de 1763.

» Los verdaderos prodigios escasean tanto, que es lógico hablar de ellos, cuando, por casualidad, se los encuentra uno. Un maestro de capilla de Salzburgo llamado Mozart ha llegado aquí con dos hijos suyos que tienen la carita más mona del mundo. La niña, de edad de once años, toca el clavicordio del modo más brillante y ejecuta las piezas más difíciles con una precisión asombrosa. Su hermanito, que cumplirá siete años en el próximo mes de febrero, es un fenómeno tan extraordinario que cuesta trabajo creer lo que se está viendo por propios ojos y oyendo por propios oídos.

» Y no basta á confirmarlo el hecho de que ejecute con la mayor precisión las

pillas no podría tener más dominio que ese niño en la ciencia de la armonía y de las modulaciones, que sabe llevar por los caminos menos trillados pero siempre exactos. Tan familiarizado está con el teclado, que se lo ocultan extendiendo por encima una servilleta, y debajo del lienzo toca con la misma agilidad y exactitud. Para él, es poco descifrar todo lo que le presentan; además escribe y compone con maravillosa facilidad sin que necesite acercarse al clavicordio ni buscar en él los acordes. Escribí yo en persona un minuetto y le rogué que arreglase para la *prima* el acompañamiento adecuado. El niño tomó la pluma, y sin acercarse al clavicordio, sin hacer comprobación alguna, colocó á mi minuetto la baja más acertada.

» Comprenderá usted que no le cuesta trabajo alguno el transportar y tocar cualquier aria que le presenten y en el tono que se le pida.

» He aquí un hecho que presencié y que también es incomprensible: Una señora le preguntó el otro día si podría acompañar al oído, y sin conocerla, una *cavalina italiana* que ella se sabía de memoria, y se puso á cantarla. El niño ensayó un acompañamiento que no fué absolutamente exacto, porque es imposible preparar de antemano el acompañamiento de un canto que no se conoce; pero terminada el aria rogó á la dama que la cantase de nuevo, y entonces no sólo tocó con la mano derecha el aria entera, sino que sin vacilación alguna, con la izquierda, colocó la exacta baja. Después pidió á la señora que repitiese otras diez veces seguidas la canción y, sucesivamente, fué variado el género de acompañamiento y así hubiera continuado veinte veces si hubiesen accedido á ello los oyentes.»

Este niño prodigio era Juan Wolfgang (1) Amades Mozart, que nació el 27 de enero de 1756.

Tenía Mozart cinco años, cuando un día le encontró su padre escribiendo muy atentamente, en el momento en que entraba con Schachtner, trompeta de la capilla archiepiscopal, y por quien se ha conocido esta anécdota. Mozart padre preguntó á su hijo qué hacía y éste respondió:

— Estoy escribiendo un concierto para clavicordio; pronto voy á concluir la primera parte.

— Déjame que lo vea.

— Todavía no he acabado.

— ¡No importa, debe ser muy bonito!

— dijo el padre burlonamente.

Leopoldo cogió el papel, en el que vió

(1) El nombre de Wolfgang no tiene traducción equivalente; significa *paso de lobo*.

una serie de borrones que podían parecerse á todo menos á una página musical inédita. El pequeño Wolfgang, inexperto, metía la pluma en el tintero todo lo que podía, y, naturalmente, echaba grandes borrones; como le molestaban para seguir escribiendo, pasaba la mano por ellos, extendiéndolos, y escribía encima. Pasada la hilaridad que le produjera este espectáculo, Leopoldo siguió examinando lo escrito por su hijo y revelando ostensiblemente su admiración, pues durante bastante rato permaneció inmóvil y atento, hasta que al fin se vió caer de sus ojos abundantes lágrimas. La emborronada página de su hijo era una pequeña maravilla de gracia é ingenuidad.

Leopoldo Mozart, padre del genial músico, convencido de que su hijo tenía excepcionales dotes se decidió á llevarle á París, donde obtuvo una acogida admirable.

Wolfgang fué admitido á comer en la mesa real, colocándolo á su lado la reina; él le hablaba constantemente durante la comida, le besaba las manos, y comió de todo lo que la soberana le hizo servir.

Las infantas de Francia le querían mucho, le hacían regalos y le llevaban de paseo por Versalles; pero Madama de Pompadour se hacía rendir con toda etiqueta honores de reina, y por esta razón le trataba con fría impertinencia, lo que molestaba al pequeño Wolfgang, que estaba acostumbrado á que todo el mundo le acariciara y tratase con cariño, y que tan sensible era á las muestras de amistad. Muchas veces, enfadado, preguntaba á su padre:

— ¿Quién es ésa? ¿Qué es? No ha querido besarme, y yo he besado á la emperatriz.

Lo que se le olvidaba decir al pequeño, era que cuando la voluminosa emperatriz austriaca le aplaudía, como no alcanzaba á besarla desde el suelo, se le subía á las rodillas bullicioso y contento. Pero el in-



FACHADA DE LA CASA DONDE NACIÓ
EL AUTOR DE «DON JUAN»

motivado orgullo será siempre tan intolerable, como es humano y justo el legítimo y equilibrado.

* * *

Es imposible recopilar en un artículo los mil incidentes de la vida de Mozart y por eso nos limitamos á recoger algunas anécdotas.

Como muestra del buen humor del niño reproducimos una de las cartas que desde Milán escribió á su hermana Ana-María.

Dice así :

- Querida hermana :

» Mañana cenaremos en casa del señor Mayer. ¿Por qué? ¡Adivinalo! Pues porque nos ha invitado. El ensayo de mañana se hará en el mismo teatro, y el señor Cassiglioni, el empresario, me ha rogado que no lo diga á nadie, pues todo el mundo acudiría á verle. Así es, hija mía, que te ruego, hija mía, que no se lo digas á nadie, hija mía, porque de lo contrario, hija mía, todo el mundo vendría, hija mía.

» ¿Sabes lo que nos ha ocurrido hoy aquí? Voy á contártelo : salíamos de casa del conde Firmian después de la comida para volver á casa, y al llegar á nuestra calle hemos abierto la puerta de casa, y... ¿sabes lo que ocurrió? pues que entramos en casa. ¡Adiós, pulmón mío! Recibe muchos besos, hígado mío, y sabes que soy siempre, estómago mío, tu indigno hermano (*frater* en latín).

« WOLFGANGO. »

* * *

La vida íntima de Mozart está salpicada de pintorescos detalles. En Praga, cuando fué á estrenar *Don Juan* (aquel *Don Juan* que el puritanismo amoroso de Bee-

thoven le reprochaba haber escrito, porque no comprendía que se pudiese hallar inspiración en la vida de tamaño calavera), como era el único momento de su vida de casado en que vivía sin estrecheces, iba acompañado por su mujer; al llegar la vispera del estreno, la obertura no estaba acabada, y Mozart tuvo que pasarse toda la noche trabajando para que quedase terminada al día siguiente. Y, como se caía de sueño, rogó á su esposa que le contase cuentos para entretenerle, y ella, amorosa y complaciente, se pasó la noche refiriéndole viejas leyendas teutonas.

* * *

En los alrededores de Viena, se veía una tarde á varios jóvenes jugando á los bolos; todos se entregaban con entusiasmo al deporte, pero uno de ellos se quedaba aparte y escribía con toda atención en una mesa, bajo una parra; cuando le tocaba jugar levantábase, lanzaba su bola, verificaba las anotaciones de sus puntos y volvía á su trabajo. Era Mozart que escribía su *Don Juan*.

Al volver de Praga, comenzó la parte más triste de su vida. Las intrigas de los envidiosos destruyeron lo conquistado en aquella ciudad; al mismo tiempo

moría su padre, quien fué á ver á Mozart, pero nunca pudo amar á su nuera. Los únicos momentos de felicidad que disfrutaba eran los que le procuraban sus hijos; tuvo tres, uno de los cuales nació poco antes de su muerte.

Y lo notable es que no era gloria y reconocimiento de sus facultades lo que le faltaba, puesto que le aplaudían constantemente, y hasta en pleno teatro, el viejo Haydn le proclamaba como la primera



MOZART, NIÑO.

Escultura de Ernesto Barriás
(Museo del Luxemburgo).

gloria musical alemana; mas para ganarse la vida tenía que pasar toda la mañana dando lecciones, las cuales hubo de abandonar casi por completo á fin de preparar el estreno de *Don Juan* en Viena, donde alcanzó un éxito mediano, porque fué mal montada la obra, mal interpretada, y mal ejecutada por la orquesta; y hasta cuando estrenó *Così fan tutte*, que fué un triunfo, la muerte del emperador obligó á suspender las representaciones.

fetiche, le afinaba sus clavicordios y pianos. Cada vez que le veía, el pobre hombre temblaba de admiración y respeto y apenas si podía balbucir algunas palabras.

— ¡Majestad imperial... señor maestro de capilla de su Majestad imperial...

Un día Mozart le llamó, á fin de que le afinase un piano, y teniendo necesidad de salir para una diligencia, quiso pagarle antes.

— ¿Cuánto es, mi buen anciano?



Autógrafo de Mozart.

AUTÓGRAFO DE MOZART.

Pero en medio de todos estos desastres ni un momento le faltó la alegría; en su casa se representaban comedias, y existe una carta dirigida á su padre en la que le pide cierto traje de Arlequín, porque no le gustaban los que había en Viena. Otro día, al entrar en su casa un amigo íntimo, se lo encontró bailando desenfrenadamente con su mujer y riendo á carcajadas.

— ¡Qué alegría! — exclamó el amigo.

— No, respondió Mozart. — Bailamos á fin de entrar en calor, porque no tenemos carbón que echar en la chimenea.

* *

Un anciano que le veneraba como á un

— ¡Majestad!... Señor maestro de capilla... como siempre, un escudo...

— Ya le he dicho que eso es muy barato; un hombre como usted debe ganar más.

— Pero yo he venido muchas veces á su casa, usted es un buen cliente, y no puedo cobrarle caro.

Y se entablaba una discusión, porque mientras Mozart se obstinaba en dar al anciano dos ó tres escudos, éste no quería más que uno.

* *

He aquí una encantadora carta que escribió á su mujer, Constanza Weber acusándole recibo de su retrato que ésta le

había enviado á Berlin á donde Mozart había ido con uno de sus mejores amigos, el conde Lichnowky:

« Mujercita mía: Si te contara lo que hago con el retrato que me enviaste, te reirías. Así, por ejemplo, cuando lo saco de su prisión, le digo: « Dios te bendiga, Constancia, Dios te bendiga, bribona, cabeza desgredada ». Cuando lo dejo en su sitio, lo hago muy despacio y diciendo: « ¡Vamos... vamos...! » pero con la energía particular adecuada á esta palabra que tantas cosas quiere expresar... Y para concluir le digo: « Buenas noches, ratoncillo, duermeme bien. » Yo sé que todo esto serviría de burla al vulgo, á quien parecerían necedades, mas para nosotros que nos amamos, no lo son. »

* * *

Mozart comía de prisa y vestíase de prisa desatendiendo hasta los más elementales menesteres domésticos sólo por dar libre curso á su imaginación, á su fantasía ubérrima.

Refiérese que el barbero sufría lo indecible para poderle afeitar y locar. No bien e había sentado Wolfgang, con su paño al cuello, cuando caía en una de sus habituales abstracciones tarareando maquinalmente, llevando el compás con las manos, los pies ó la cabeza.

Algunas veces se levantaba, con el rostro cubierto de jabón, é iba de un lado á otro, casi siempre para sentarse al clavicordio, mientras el pobre Figaro, navaja ó peine en mano, le perseguía dócilmente, llamándole con respetuosa, pero insistente solicitud.

* * *

El músico genial murió en la miseria abandonado por todos el 5 de diciembre de 1791.

Quien viera su entierro, no pensaría que aquel hombre había entusiasmado á las cortes, y jugado sobre las rodillas de

las emperatrices, y comido en las mesas de los reyes, y besado á todas las princezas de su tiempo. Era un entierro de pobre, de última, y los dos ó tres amigos que le siguieron, le abandonaron porque nevaba mucho: entró solo en el campo de los muertos, y fué enterrado en la fosa común.

Sus restos se han perdido, y ni siquiera cupo á la pobre Constanza Wéber el consuelo de ocuparse de los funerales de su adorado esposo; el dolor le había hecho perder el sentido, y durante varios días estuvo enferma de gravedad.

« *Schlafe ein, mein Prinzchen, schlafe ein!* » « ¡Duerme principito mio, duermel! » — escribe emocionadamente Camilo Bellaigue (1) — Este es el estribillo de una exquisita *berceuse* de Mozart.

« Si la impía casualidad no nos los hubiera arrebatado, no se habría apetecido epitafio mejor sobre los restos mortales del maestro: « ¡Duerme principito mio, duermel! ».

* * *

He aquí algunas de las particularidades de su carácter y algunos sucesos de su vida muy extraños:

Una de las características de su tempe-

ramento era la fidelidad á las costumbres adquiridas, cosa que ha sido común á muchos grandes hombres, como Napoleón y Balzac. Prueba de esto es el hábito que adquirió de recibir á sus visitas haciéndoles signos para que no produjesen ruido, llevándose el dedo á los labios. Era porque su esposa, á quien nunca cesó de adorar, estaba enferma; y aun cuando ésta, felizmente, se vió fuera de peligro, durante mucho tiempo recibió á sus visitas siempre con el dedo sobre los labios, y no había medio de que se le hablase sino á media voz.

Otro incidente vino á turbar su reposo y á preocuparle grandemente.

(1) *Les musiciens célèbres*: MOZART. Laurens, París.



OREJA DE MOZART

Estampa de la Biblioteca Nacional de París.

Un día, un desconocido enlutado fué á encargarle una misa de requiem para un extranjero que deseaba guardar el anónimo. Mozart se comprometió á componerla, aunque el aire misterioso del desconocido le impresionó profundamente. En seguida se puso á trabajar, pero al poco tiempo recibió un encargo de Praga para la coronación de Leopoldo II como rey de Bohemia: se trataba de una ópera. Entonces suspendió el trabajo de la misa de

volvió á Viena para ocuparse de los ensayos de *La Flauta Encantada* y acabar el misterioso encargo del sombrío personaje, y poco después, el 10 de noviembre de 1791, podía saborear el clamoroso triunfo de *La Flauta Encantada*, ese canto de esperanza y fe en el porvenir.

La gloria y la fortuna le rindieron entonces vasallaje, pero ya de nada podía servirle esto; el desconocido misterioso



LA FAMILIA DE MOZART.

requiem y se dispuso á partir; en el momento de tomar el coche, el enlutado desconocido le interrumpió, preguntándole si estaba adelantado el trabajo, y como Mozart le dijese que sí, le entregó á cuenta cierta cantidad de dinero.

Durante el viaje, Mozart estuvo preocupadísimo ensimismado. El misterioso personaje le impresionaba intensamente. De tal manera se puso á trabajar entonces, que en 18 días compuso y estrenó *La Clementia de Tito*: lo probable es que quisiera aturdirse trabajando vertiginosamente para distraerse y olvidar sus sombrías preocupaciones. En seguida

le tenía obcecado, y le perseguía mentalmente por todas partes.

« Mi querido señor — dice una de sus últimas cartas : — Quisiera seguir su consejo, pero no sé cómo hacerlo. Ya no tengo cabeza y mis fuerzas se agotan : la imagen de este desconocido no se me puede quitar de delante. La veo siempre, apremiándome, reclamándome impacientemente el trabajo, el cual continúo porque el componer me fatiga menos que el descansar. Además, ya no tengo por qué asustarme : siento que mi última hora va á sonar y que voy pronto á morir. Me muero sin haber gozado de mi talento. Y

sin embargo ¡la vida era tan bella! ¡Se abría ante mí el porvenir bajo tan hermosos auspicios! Pero no se puede cambiar el destino, y nadie tiene asegurados sus días. Hay que consolarse, pues las cosas no pueden ocurrir sino como bien lo ha ordenado Dios. Terminó aquí para continuar mi canto fúnebre; no debo dejarlo incompleto. »

Pero á pesar de sus esfuerzos, no pudo acabarlo; solamente uno de sus discípulos le terminó, con elementos y notas de puño y letra del mismo Mozart, que fueron hallados entre sus papeles.

La muerte invadía paulatinamente su cuerpo, y cada día estaba más débil. Salía á pasear llevado por su amada Constanza, y se sentaba en un banco del Práter, el gran paseo de Viena, donde los emperadores le saludaban graciosamente cuando era niño prodigio. La tristeza del otoño que deshojaba ante su vista los árboles, le invadía con las más trágicas ideas.

Una vez, hallándose con su esposa en aquel delicioso rincón, Mozart permaneció abstraído durante un buen rato.

Constanza acababa de referir con su peculiar encanto una de aquellas historietas que tanto le gustaba oír al maestro.

Esta vez Mozart no pareció tan complacido; sus labios no sonreían; por sus ojos apagados, donde resplandecían los moribundos destellos vespertinos, una sombra de pavor, de inquietud, pasó rápida.

Mozart, estremeciéndose, oprimió las manos de su esposa.

— ¡Constanza, Constanza mía!... Noto que todo acaba para mí, que todo desaparecerá en breve. Sé que voy á vivir poco tiempo.

La mujer trató, dulcemente, de disipar aquellos temores. Pero Wolfgang, convencido de su gravedad, sabedor de que su vida, ya en un melancólico otoño moral, no conocería nuevas primaveras, continuó :

— ¡Oh! Estoy seguro de que una mano criminal me ha envenenado. Ese *Requiem* que no acabo de escribir, será mi obra maestra, pero también el canto que suene en mis funerales...

PEDRO RECIO AGÜERO.



MONUMENTO FÚNEBRE Á MOZART.



EL DANZING

¿Por qué milagro de juventud y de elegancia nativa, las parisienses pueden conservar todo su encanto en la ejecución de las nuevas danzas?

COSTUMBRES PARISIENSES

□ □ □

Sporting...
Danzing...
Footing...



EL DANZING

Para afrontar el danzing con éxito es preciso conservar todos los momentos que tiene uno libres al estudio de sus numerosos pasos y figuras.



CONTRASTE MUY PARISIENSE

Las jóvenes elegantes se dirigen a los lugares de deportes vestidas deliciosamente. La fragilidad de su "toilette" contrasta con la rudeza de los trajes masculinos y, estatúillas humanas, las parisienses se encuentran en el terreno de football tan a su gusto como en los salones.

Es la moda, la moda de las palabras en *ing*, terminación muy parisiense, aunque sea obra de nuestros vecinos del Canal de la Mancha. Los elegantes por esencia no son gentes como las demás; precisaría ser un corredor de estepas para imaginarse que las personas *chic* de París, para conservar la salud, pasean como todo el mundo. Pero no, nada de eso; los parisienses tienen piernas, mas no andan; la marcha no es sino una necesidad propia solamente de las gentes del pueblo demasiado vulgar para nuestros *nobs*. Marchar, andares una cosa inútil, fatigosa, demasiado rancia... Se posee en la actualidad el automóvil, el aeroplano, el hidroplano, y de aquí á unos años, sin duda alguna, el autohidroaeroplano. Cuando el parisiense consiente en servirse de sus piernas, es muy pequeño, y la nodriza le sujeta para que no se caiga; ya de más edad, no vuelve á hacer tal concesión sino á los deportes. Y de esta manera, sin andar, los parisienses practican el *footing*.

lante del otro, el pie izquierdo no, el pie derecho, que es el de la suerte, entregándose á todas las fantasías de la marcha, ya viva, ya despreocupada ó de muchacho.

Pero no se imaginen los profanos que encontrarán casualmente á tales adeptos del *footing* en sus paseos. ¡Nada de eso! El deporte no se practica en cualquier parte, porque el lugar es elegido y la hora bien escogida. Hay caminos especiales. La avenida del Bosque, por ejemplo, cuya importancia hasta ahora habia parecido secundaria y que ahora ha vuelto á recuperar todo su valor; además, ciertas avenidas del Bosque de Colonia también son de buen tono.



EN LAS CARRERAS

En el "pesage", las parejas no olvidan nunca las reglas de la elegancia, aunque sea mucho el interés de la carrera, y si pierden una fortuna, ocultan por pudor cualquier actitud que los denuncie.

sencillamente... pero no, están en plena práctica del *fooling*. Madama luce un breve vestido *trotteur*, el último modelo que salió de casa de Z... el color está a la moda esta semana y no lo estará la próxima. Monsieur se ha puesto las polainas; dos días



EL GOLF

Menos agitado e higiénico que el *tennis* permite a los "cansers" desplegar todos los atractivos de su ingenuidad.

Por la mañana, cuando hace buen día, muy temprano, cuando se despierta el barrio de la Estrella, a eso de las once, nos cruzamos con los iniciados del nuevo deporte, que marchan solos, en parejas, deprisa ó indolentes. A primera vista, parece que se pasean como usted, simplemente,

antes nadie debía llevarlas, mas hoy son indispensables y mañana serán lo más vulgar que pueda ponerse una persona elegante. Monsieur luce sombrero de paja con ancha cinta. Mantiene el bastón en la mano, por el puño, y quizás la semana próxima será más elegante suje-

tarlo por la contra... y en todos estos detalles advertís la diferencia que existe entre ellos y nosotros; porque nosotros no somos sino vulgares paseantes, mientras que ellos practican el gran deporte.

Existen así en la vida parisiense estas sutiles medias tintas, que diferencian los verdaderos de los falsos elegantes.

Pero el *fooling* no basta a la devorante actividad que preside nuestros placeres. El baile de antaño ha tenido que dejar el puesto libre a un nuevo vocablo para satisfacer las exigencias del buen tono, y de la misma manera que se descubrió el *fooling*, se ha descubierto el *danzing*.

El *danzing*, querida amiga, no evoca, me diréis, los graves y delicados minués, pavanas y gavotas; pero, ¿no les parece que la nueva palabra caracteriza perfectamente el paso del oso el tango y todos los



UN DOBLE DEPORTE

El *tennis* conserva sus feroces, porque es un deporte encantador que permite y desarrolla la elegancia de movimientos. Además, no suele jalar cerca del terreno de juego un pequeño salón de té en donde se charla.



AVENIDA DEL BOSQUE

El *fooling* es algo más de un deporte, es encantador y complicado en el que hay todas las fantasías de la marcha.

vales apaches? Pero ¡qué significa todo eso! El tardo movimiento de los pingüinos y las danzas guerreras de los más terribles calres del Africa central, tienen la ventaja sobre las danzas ya conocidas de la novedad y del exotismo, y quizás por eso se implanten en seguida.

Para aquellos que defienden las tradiciones, los maestros de baile han lanzado el *Ta-tao*; y si sois enemigos del modernismo, ya estáis bien servidos, pues se trata nada menos que de una danza china de hace más de 2.500 años.

En fin, esto es el disloque, y respecto á las danzas, tenemos el *danzing-tea*, los *danzing-palaces* y las *danzing-parties* — pero se acabó el baile.

Tras el *footling* y el *danzing*, no vayamos á creer que el vervo fantasista de nuestros mundanos está agotado... ni mucho menos. Hay también la *carrering*, es decir, caza en que los lebreles deben atrapar una liebre que se ha dejado en libertad á cierta distancia. Entre los aficionados de este deporte encantador y sin peligro, sin duda alguna hay no pocas buenas almas

que hallan las corridas de toros demasiado feroces.

Cada día que pasa, nuestra vida es más armoniosa, y en cuanto se cree el *acuestating*, el *sarting* y el *entrating* seremos felices.

En todas las cosas, la forma es lo esencial, y aquel que no tenía apetito al cenar, volverá á encontrar toda su vivacidad para ir al *centing*, y el mejor de los soporíferos será sin duda el *acuesting* para todos mis hermanos los parisienses, que si son noctámbulos achacarse debe á la vulgaridad del vocablo acostarse.

En la Sociedad así transformada, y cuando estén acostumbrados á todas estas denominaciones nuevas, manantial de tantas felicidades, lanzaréis un suspiro de satisfacción, pensando que os habéis convertido en el más *snob* de los *snobs*.

Pero, qué desgracia, mientras os transformáis así, la moda también cambió, y vuelta á comenzar para vosotros.

HENRY SOULAT.



LAS VFLADAS

Es la moda, la moda de las palabras en «ing», de las danzas y de los deportes. Pero una sola palabra no sigue la regla, aunque es imperecedera, el "flirt".

"LE CHIC"

CARTAS DE UNA PARISIENSE

por SIMONE



Si es difícil caracterizar el *chic* de la presente estación por su variedad de líneas y de modelos, no ha dejado, sin embargo, de traer á nuestras elegantes encantadoras «toilettes», y yo quisiera presentar en seguida una cuestión que podríais interpretar mal vosotras, queridas lectoras, las que vivís lejos de la gran urbe y sólo hacéis cortas apariciones en París, dejándonos el recuerdo de vuestras gracias.

Se ha emprendido una campaña contra los excesos en las modas, excesos que dan origen á la excentricidad y al ridículo, y se olvida decir, que aparte de estas creaciones, queda en París un cenáculo de modistas que guardan celosamente su fama de buen gusto. Á ellas me dirijo porque son quienes, modificando de año en año las líneas y la inspiración de las «toilettes», conservan todo su *chic* y toda su elegancia para las parisienenses.

Hoy quiero hablaros de las blusas, de los chalecos y de las capas. Todas las

temporadas las blusas renacen de sus cenizas. Lo que no vemos ya

son los cuerpos claros que atraviesan desagradablemente la falda oscura cortando la línea en dos.

Las blusas apenas se llevan este año de linón ó de hilo, pues es más *chic* hacerla de algodón fino, y sobre todo de la muselina de los vestidos

de primera comunión ó bordada con aguja de gancho como las cortinas antiguas.

De una manera general la blusa se corta con una oreja en el cuello, sobre la cual van fruncidos los delanteros, ó bien con la parte de las mangas que suben hasta el cuello, como los abrigos ranglán.

Sea cual fuere la forma escogida, la línea permanece invariable con los hombros caídos. Sin embargo, la moda actual rechaza todos los efectos *plaqués*. Si las mangas suben, deben quedar muy por debajo de la línea de los hombros y sin amplitud alguna. Generalmente son largas ó casi largas, con puños adornados como el cuello ó la chorrera.



La mayor parte de las blusas son cerradas por delante y el cierre se debe aprovechar como adorno poniéndole algunos plisados pequeños, algún bordado ó algo que haga el efecto de un falso chaleco.

Los tejidos *crepés* siguen en boga porque siempre resultan baratos.

Para viajes y deportes ó para acompañar se usa el traje de hechura de sastre, siempre sobrio y elegante. Gran número de mujeres continúan fieles á la blusa en forma de camisa con pequeños plisados

y cuello bajo como el cuello blando que usan los hombres para los deportes.

Para recibir á una amiga ó para un almuerzo íntimo se gusta de la nota un poco más «habillée»: cuerpos ó casacas de color cuyo vivo tono es difícil de encontrar. La blusa debe ponerse por debajo de la falda á la cual se ajusta por medio de un cinturón y una sobrefalda más ó menos larga y ancha.

Las blusas con cuello afectan las más variadas formas. El cuello de chal se corta al *blais* dándole un poquito de forma. El cuello marinero es un amplio cuello cuadrado, que sube ligeramente hacia el cuello y que se abre en forma de punta por delante ce-



rrándose con un nudo pequeño. Se hace de un tejido liso y resistente de piqué ó de zafiro con rayitas de color.

Los cuellos «Marceau», cuellos bajos que sólo ocultan la mitad del de la mujer, hacen un buen electo con las levitas. Los de «casadas de pueblo» son altos, rectos, con largas puntas deshilachadas. Los «Médicis» vuelven á llevarse mucho.

Las blusas, en general, no llevan forros á fin de dejarles toda su flexibilidad; si acaso, se les pone ligero forro de tafetán ó de crespón de China ó también de muselina de seda; pero de todos modos, el forro complica la limpieza de la blusa y siempre le quita flexibilidad y ligereza.

Es indispensable poner bajo los camisolines de tul ó de encajes, un tul de Alençon, de color.

El verdadero rival de la blusa es el chaleco, de moda reciente. No hablaré de los chalecos tomados de los fraques y americanas masculinos, para ocuparme de los chalecos de estilo. Los chalecos Luis XV son ya demasiado conocidos y, preferiría, para llevar bajo las levitas de piqué, los chalecos Luis XIV como se ven en el teatro, en las obras de Moliere. La serie es innumerable y, sobre todo, de una gran variedad de color. Quedan excluidos el azul pálido y el rosa, para no subsistir sino los bellos



3

tonos cálidos y tostados de las tejas, de las ramas sombrías de la encina ó del ciprés. En cuanto al chaleco abierto hasta la mitad, que se ha hecho célebre por los lienzos de Gainsborough, es una maravilla. Separado de toda levita, llevándose solo, tal como es, produce un sorprendente efecto con las faldas de telas blancas.

La mitad del carácter de un vestido radica en la tela escogida. Nos gustan los rasos unidos, los bordados claros ú oscuros, las telas bordadas de flores; pero lo esencial es elegir un tejido que esté en armonía con la época

y con el estilo que haya de llevarse.

Se preparan grandes chalecos Luis XIV, de piel de seda negra con grandes botones forradas de la misma tela, para acompañar con las faldas de tela blanca, y será muy *chic* hacer con esta moda toda clase se locuras.

Abandonando las formas clásicas, se puede una permitir todas las fantasías, especialmente si se escogen telas orientales.

Así es, queridas lectoras, que, acomodándose á la moda y no tomando de ella más que lo que os siente bien, poseeréis ese encanto, esa armonía que hacen de una mujer sin gran belleza, una mujer cuyo trato y proximidad seduce y encanta.

SIMONE



LOS BOSQUES TALADOS Y SUS RUINAS



Véase cómo en seguida que el terreno se encuentra descubierto tiende ó deslizarse y á formar pequeños surcos. Por el contrario, la verdura, ¡cómo alegra el paisaje y qué pintoresco lo proporciona á la casilla más modesta!

LA antigüedad clásica y los tiempos proto-históricos de las Galias, y otras muchas épocas pasadas, conocieron el culto de los árboles. Que los mismos árboles fueran considerados como divinidades, ó que los bosques fueran considerados como el refugio de fuerzas misteriosas, el resultado era el mismo: se respetaba el árbol y el bosque, y derribar arbustos era considerado como un crimen y una blasfemia; ya nos hallamos muy lejos de tales ideas, y poco á poco han llegado á destruir los bosques. Á medida que la población fué más numerosa, taláronse los bosques para dejar libre campo á la agricultura. Durante el período revolucionario en Francia, el campesino, que-

riendo vivir á toda costa, transformó los parques señoriales en campos de trigo ó huertas. El bosque sigue retrocediendo, pero ya no podrá seguir haciéndolo por mucho tiempo. Pero suprimiendo completamente los bosques, los campesinos avariciosos ó inconscientes no calcularon que mataban en su propia cuna á la agricultura. Y ¿á qué es debido esto? Es muy sencillo: convirtiendo en una comarca excesivamente seca las buenas regiones que protegían los bosques, la hacen impropia para toda clase de cultivo, convirtiéndola en un desierto, como ha ocurrido con las grandes extensiones de Argelia, desde la época romana.

Precisa saber que, para cultivar, son ne-

cesarias fuentes y ríos, y que para tener estos dos elementos de prosperidad, contar-se debe con los bosques. En cuanto desaparecen los árboles, desaparece el agua.

Hace cincuenta años había en Picardia un manantial reputado como milagroso, al que acudían muchos peregrinos. En la actualidad, el manantial está seco, y es comprensible, observándose que el agotamiento de este manantial ha coincidido con la destrucción del bosque que lo rodeaba. Los ejemplos de este género son numerosísimos.

Además, existe otro testimonio del mismo género, muy interesante: el de los pescadores de caña. Todos os citarían sin gran esfuerzo de memoria ríos que perdieron gran parte de su caudal, ó que desaparecieron por completo, á consecuencia de la tala de los bosques. Las florestas no son sólo una de las mayores alegrías de los ojos y la habitación de numerosos animales: es un órgano económico y social de la mayor importancia. Los bosques atraen y acumulan el agua; los bosques crean los manantiales y los ríos; los bosques son el origen de la fertilidad de los llanos. Conservando las montañas, protegiéndolas contra la destrucción, los bosques son los productores de la hulla blanca, cuya importancia en la industria aumenta continuamente. No se puede exagerar la importancia social de los bosques.

Sus funciones son muy diversas, y hay no pocas razones para respetarlos y reconstituirlos en donde han desaparecido.

Es indiscutible que los bosques atraen la lluvia, lo que no significa que hagan llover más sobre su propia extensión, porque frecuentemente su acción bienhechora ejércese más lejos, en los campos de las proximidades, que prosperan á más y mejor. Y aunque no se pueda decir que la influencia del bosque sea muy notable, á lo menos es bastante apreciable.

La escuela forestal francesa de Nancy, que es una de las mejores del mundo, ha aclarado este punto de la cuestión con experiencias irrefutables hechas en la floresta de la Haye, demostrando que en la floresta y en sus alrededores ha caído de diez á veinte por ciento más de agua que en lugares distanciados de ella y rasos. Este exceso de agua pluvial se explica fácilmente. La floresta representa, en medio de un llano, el mismo papel que la montaña, sirviendo, como ella, á condensar el agua atmosférica. La montaña, que es fria

por hallarse elevada, obliga á los vapores de agua arrastrados por los vientos templados y húmedos, á condensarse en gotas, que caen, porque el frío produce siempre la condensación del aire caliente cargado de humedad. La floresta obra lo mismo; mas su frío no lo debe á la altitud, sino á la evaporación de agua á través de sus hojas.

Los vegetales transpiran, y al transpirar se enfrían; y así, por encima del bosque, se eleva una columna de aire frío que detiene á su paso el vapor de agua condensado y empujado hasta allí por las corrientes de aire tibio, obrando lo mismo que la montaña. Y la influencia heladora de los bosques es muy bien conocida por los aeronautas, porque cuando un globo pasa por uno de estos lugares tiende á descender, á consecuencia del enfriamiento y, por lo tanto, de la condensación del hidrógeno encerrado entre las paredes de seda del aerostato.

Pero la función más importante del bosque no es la que acaba de ser indicada; es otra, de la que fácilmente nos daremos cuenta fijándonos en los grabados que publicamos.

Nada tan elocuente como las arideces que presenta. El paisaje está pelado, desprovisto de toda vegetación. El suelo está bordeado de grandes y pequeños barrancos, sin una planta. La tierra no está sujeta por las raíces de las plantas, y fácilmente se ve que la montaña se deshace, deslizándose las tierras hacia el llano. Y también se ve que el único agente capaz de producir tales surcos y valles es el agua, siendo imposible de equivocarse, porque nada puede producir idénticos efectos. Lo que todos hemos podido ver en pequeño, á lo largo de una carretera ó de la vía férrea, podemos verlo en grande en ciertas montañas: en los Alpes abundan los ejemplos.

Lo que caracteriza los paisajes de este género es la pobreza de vegetación. Contemplan como la tierra aparece triste, descarnada. Y, sin embargo, en todas estas regiones llueve abundantemente, pues no hay sino contemplar el paisaje para convencerse. ¿De dónde procede el mal? ¿Qué es lo que provocó esta esterilidad? Generalmente no es la naturaleza, sino el hombre. Porque sucede que el hombre ha destruído, á veces, voluntaria ó involuntariamente, la capa protectora de la naturaleza.

Voluntariamente ha talado los bosques para venderlos, calentarse ó crear praderas en su lugar. Pero, sin pensar, dejaba desnuda la montaña. Las largas raíces de los árboles mantenían al suelo fijo. Una vez muertos los árboles, la hierba los ha reemplazado, mas como no se tuvo en cuenta el cultivo de las praderas, y los animales estropearon en varios sitios la cubierta protectora, dejando que poco á poco las aguas de lluvia fueran arrastrando las

para infiltrarse en la tierra, no sirve para preparar lentamente el reservorio de donde nacen los manantiales. En el espacio de algunas horas, este agua habrá llegado al mar ó, por lo menos, al valle, sin haber hecho trabajo útil y hasta quizás, perjudicando, destrozando los cultivos. Por el contrario, veamos lo que sucede cuando el suelo está cubierto de espesa hierba ó, más bien, de bosque, aun tomando como ejemplo el caso de una lluvia to-



La montaña, el valle, aparecen esplendorosos cuando el sol al caer vea detenido por el frescor de unas ramas cuajadas de hojas. La aridez del campo, sólo melancolía produce en nosotros.

partes de tierra menos sólidas, formáronse al fin peligrosos é improductivos barrancos.

Cuando llueve en terreno pelado y alto, el agua va formando pequeños surcos que pronto se convierten en arroyuelos, y por último en torrentes que devastan cuanto encuentran en su camino, haciendo frecuentemente desbordar á los ríos. Además, el agua que corre así por las laderas de las montañas no aprovecha sino en parte pequeña, porque no teniendo tiempo

rrencial, de esas lluvias que caen rabiosamente y que cualquier suelo, por muy seco que esté, no puede absorber.

Primeramente encuentra las hojas y las ramas, disminuyendo así la violencia de la caída del agua é impidiendo en cierta manera la formación de arroyos. Este es el principio bienhechor de la vegetación. El restante del agua cae al suelo, que si estuviera pelado de toda vegetación seguiría las líneas de la mayor inclinación. So-

bre el suelo forestal no ocurre nada de eso. Cruzado por grandes raíces que lo dividen en compartimientos, si puede decirse así, el agua queda estancada y, por lo tanto, todo peligro desaparece. Y como, además, el suelo generalmente está cubierto de hojas muertas, éstas retienen gran cantidad de agua, que en vez de ser absorbida de pronto por el terreno, lo hace pausadamente; luego se tiene una acción reguladora evidente.

En Francia, donde la cuestión forestal interesa al más alto grado, y en donde se

han hecho trabajos como los de las landas de Burdeos, prosiguese con gran entusiasmo la reconstitución de las florestas. Y como, generalmente, tales destrozos fueron hechos en la montaña, en ella se han establecido los ingenieros agrónomos, comenzando por evitar el desligamiento de tierras por medio de empalizadas, y luego plantando nuevos árboles, que con su sombra refrescarán al cansado y sudoroso caminante, en el verano, y que servirán de riente morada á las avecillas que crearán para nuestra alegría.

UN DISCURSO DE CASTELAR

Recuerdos de un periodista

¡Cuánto tiempo hace de esto! Era yo entonces un muchacho de quince años. Estudiaba la carrera de Filosofía y Letras, y al propio tiempo trabajaba en los periódicos para ganar el sustento. La tribuna de la prensa del Congreso de los Diputados fué el teatro de mis comienzos periodísticos. Era yo el Benjamín de la tribuna. Allí estaban, si no me traiciona la memoria, Pepe Fuentes, por *La Correspondencia de España*; Escudero, por *La Epoca*; Jesús Lozano por su Agencia de noticias, de la que yo era redactor; Fernando Soldevilla y José Laserna por *El día*, Quico Peris, por un periódico de Valencia, y otros muchos, cuyos nombres no recuerdo en este instante, todos ellos periodistas de fuste, algunos de ellos literatos de valer, ya conocidos y otros que muy pronto habían de abrirse paso en la literatura ó en la política. Muy pocos quedan ya de aquellos mis compañeros de tribuna. La muerte se los ha ido llevando muy aprisa.

No había oído yo nunca á Castelar. Su nombre sonaba en mi cerebro como compendio y resumen del arte oratorio. Martos me había subyugado; Moret me entusiasmaba; Cánovas me imponía, y me era difícil concebir que otro verbo, por elocuente que fuese, pudiera superar á los ya citados. Hablaba Martos con pausa extremada: su imaginación vivísima pasaba por un tamiz espeso las palabras y estas caían

lentas, pero ordenadas, correctas, vibrantes, sin una repetición, sin una falta sintáctica ni prosódica. La oratoria de Moret era fluida, tersa como el cristal, llena de imágenes. Cánovas era el orador de médula, ponderado en la frase, elocuente en el concepto, sobrio en el ademán que consistía generalmente en quitarse los lentes y volvérselos á poner, acto seguido, de un modo maquinal, y en echar hacia atrás las mangas de su levita, que traía siempre harto largas, tanto que aun con el brazo en flexión tapábanle los puños de la camisa.

Cuando Castelar se levantó á hablar, los escaños estaban llenos de senadores y diputados, y al pie de la mesa presidencial numerosos grupos de la Alta Cámara y de exdiputados se apretujaban para oír al rey de la oratoria. Las tribunas rebosaban de gente, tanto que muchas personas provistas de papeleta, no pudiendo ser colocadas en el interior ocupaban el pasillo de entrada con la esperanza de oír algo del discurso.

Una voz atiplada dijo: ¡Señores diputados! Y de pronto otra voz fuerte, varonil, aunque un poco quebrada, continuó: «Mala estrella es mi estrella que me obliga á intervenir en este debate.»

Quedé atónito. Castelar tenía dos voces en absoluto diferentes. ¿Qué esfuerzo laríngeo, qué artificio podía realizar aquel

prodigio, muy superior al de Demóstenes venciendo su tartamudez con unas piedrecillas en la boca? Preguntábamelo yo cuando el primer párrafo del discurso me privó de toda iniciativa mental. Allí no cabía sino escuchar aquella palabra alada, maravillosa, sin comparación posible con ninguna otra, y que parecía marcar el último límite á que puede llegar el esfuerzo humano para realizar la belleza.

El silencio del auditorio era tan profundo que se hubiera oído volar una mosca, pero ese mismo silencio tornábase en tempestad de aplausos á cada párrafo que salía de labios de Castelar cincelado, repujado como obra de orfebre insigne. ¡Y qué modo de decir! Aquel hombre pequeño, grueso, de cabeza enorme y calva y gran bigote gris, se transfiguraba hablando; iba creciendo de tal modo, que después del exordio parecía un gigante. Sus brazos se elevaban con frecuencia y se decía que iba á tocar la bóveda del salón, y las mangas de su levita, un poco cortas, iban subiéndose de tal suerte que á poco de comenzado el discurso dejaban al descubierto no sólo los immaculados puños de la camisa, sino una buena parte de las mangas de esta. Exactamente lo contrario que Cánovas.

Pero muy pocos en ello reparaban. Aquella palabra cálida, musical, caía sobre los entendimientos como una lluvia de polvo de oro, y nadie se atrevía á pensar por miedo á perder una frase de aquella obra maestra.

« Cuando la campana del alba nos llama para el trabajo y para la oración como al jornalero y á las alondras... Cuando en el mes de Mayo, en el mes de las flores se mezclan en el campo las rojas amapolas y las verdes espigas como en nuestra alma el recuerdo de nuestros primeros amores y los primeros villancicos que cantamos en la infancia... » Aquellas metáforas, dichas por él, encantaban como una música suave. Después de él, cuantos han querido imitarle han fracasado. El genio no se imita.

« Cuando á la caída de la tarde vemos allá á lo lejos la ermita, en donde está la virgen con los ojos extáticos, la cabellera como de éter, con los ángeles que la acompañan y la Trinidad que la corona, la Religión te dice: *Espera y cree*.

» ¡Y cuando llegan los muertos, los muertos que subliman todo lo pasado, esa Religión te dice: esos muertos no son

huesos, no son gusanos, no son podredumbre: son mariposas que rompen sus crisálidas para volar al seno de Dios! »

Triple, cuádruple salva de aplausos entusiastas saludaba el final de cada periodo, y aquellas frases vibrantes seguían desgranándose sobre la sala, llenando los ecos, y dando á la sesión una solemnidad sobrehumana.

No he querido comprobar mis recuerdos con la lectura del discurso en *El Diario de Sesiones*. Tenía Castelar la malísima costumbre de corregirlos á fondo, y puedo asegurar que ninguno de los que los lean puede formarse idea de como fueron cuando su autor los pronunció. La lima quitaba la frescura primitiva, privando de gran parte de su encanto á aquellas oraciones inmortales.

El hecho es tanto más raro, cuanto que Castelar se aprendía sus discursos de memoria, al igual que Demóstenes, de cuyas oraciones se decía que *olían al aceite* de la lámpara que le alumbraba al escribirlas. Muchos años después, en un banquete con que obsequió la Prensa de Madrid á Castelar, éste lo confesó diciendo: mi memoria es un fonógrafo: cada discurso es un cilindro fonográfico que pongo en marcha cuando quiero. Tan es así que puedo repetir ahora mismo cualquiera de los discursos que he pronunciado en mi vida.

Y así fué. Alguien le pidió que repitiera su primer discurso célebre, el del teatro Real, y Castelar, sin detenerse un punto díjolo de un modo asombroso.

Martos, también gran orador, decía de él: « Tiene una memoria colosal, extraordinaria. Su especialidad son los periodos larguísimos. Los empieza, sigue, y cuando parece imposible que no haya perdido el hilo de la oración principal, un relativo le salva y se restablece la continuidad del periodo ».

Cuando acabó el discurso de referencia, el primero que yo le vi, díme cuenta de algo muy desagradable: no había escrito ni una línea. Incorporado sobre el pupitre, mirando á Castelar y oyéndole, de tal modo quedé absorto que olvidé mi deber de periodista y mucho después de la oración final, cuando ya nadie quedaba en el salón ni en las tribunas, aquella palabra mágica seguía sonando en mis oídos. Gracias á ello pude hacer un extracto bastante completo del discurso.

JOSÉ MUÑOZ ESCÁMEZ.



Los jardines del Alcázar de Sevilla.



Ensalada

« por »

LUIS BONAFOUX



QUINCENA fértil en acontecimientos madrileños, algunos de los cuales han percutido en París. Amigo viejo de Rodrigo Soriano, y amigo novel de Antonio Maura y Gamazo, que me fué presentado en el bar Criterium por nuestro mutuo amigo Cruzato, tengo algún dato, como si dijéramos, psicológico, para apreciar el incidente que ocurrió entre dichos señores en el Congreso de los diputados.

Desde luego, Antonio Maura y Gamazo no opina como opinaba Rochefort, que las injurias procedentes de la política, como las injurias procedentes de la literatura, no tienen importancia alguna, y que dos señores pueden, con la palabra ó con la pluma, llenarse de estiércol y quedar tan limpios como una patena. Pero sobre esta apreciación hay otra cosa, y es el afecto imponderable, la admiración profunda y el culto fervoroso que Antonio Maura hijo profesa á su señor padre; culto, admiración y afecto que podrían calificarse de obsesión si esta palabra, que se aplica á roso y velloso, fuese aplicable á los sentimientos y á las relaciones de un hijo con su padre.

De regreso de una larga y pintoresca excursión por el Extremo Oriente y el Sur americano, Antonio Maura y Gamazo se olvidaba de las descripciones que me iba haciendo para intercalar recuerdos de su padre, cariños por su padre, pesadumbres por su padre; y las injusticias y amarguras, altas y bajas — más bien altas que bajas — y que, á juicio de él, ha sufrido y sufre el caído jefe de los conservadores españoles, han formado en su mente algo así como un Calvario, cuya espinosa senda recorre el hijo con los ojos arrasados por una ternura muy honda, y á veces fulgurantes de cólera paroxismal.

Un apóstrofe de Soriano hizo desbordar ese cáliz de hieles, que no había llenado, por cierto, el sobresaliente leader

del republicanismo español, y que sabe al joven Maura más amargo que los mares que cruzara en su afán de renovación y olvido. Sin duda, cuando don Antonio Maura pensó en agrandar y engrandecer su nombre, por y en las artes de la política, pensó asimismo, en sus hijos; en darles gloria y paz en la tierra, olvidando que, por extraña ironía de las cosas de acá abajo, mientras más célebre es un hombre más expuesto está á la controversia, y mientras más se yergue una cabeza más cerca está de la guillotina — que por algo se ha dicho que del Capitolio á la roca Tarpeya no hay más que un paso; — y es que la Gloria, en resumidas cuentas, no hace más que ensanchar el presidio que se llama corazón y alargar la cadena de pesadumbres que forman la Vida...

Otro incidente madrileño que ha recorrido las redacciones parisienses, es la absolución de Natividad Vergara, «eximia» camarera de café y «honesta» matadora de su amante, don César Costa (q. e. p. d.), con una navaja de las llamadas *sacacorchos* porque á cualquiera le sacan hasta la primera pupilla que le dieron. Como se ve, Madrid se va poniendo á la altura de la villa luminosa en punto á absolver crímenes *pasionales*, como en indumentaria de los delincuentes. «La procesada, dicen los periódicos de la Corte, vestía de luto, con velo negro, y en sus ojos negros se ven las huellas del dolor.» Ojos, pues, de circunstancias, ó con condiciones para el asesinato, siendo así que no es de suponer que los tenga azules y se los pintara de negro para comparecer ante el Tribunal, cuyo presidente, dicho sea de paso, estuvo exquisito por su perspicacia y astucia.

— ¿Usted — preguntó á la procesada — ha tenido otros amantes más que don César?

Y ella, bajando la vista negra:

— No, señor; don César fué el primero.

¡Claro! Alguno había de ser.

Otra preguntita maliciosa y tal:

— Al herir á don César Costa, ¿tenia usted la intención de matarle?

— No, señor; sólo quería señalarle.

Tiene gracia. ¡Señalarle! Como madame Caillaux á Calmette. ¡Y es que las actuales heroínas tienen un modo de señalar! Son sencillamente marimachos. « Desde que ejerzola medicina, y va para treinta años, he visto modificarse poco á poco el aspecto físico de las jóvenes que vienen á consultarme, ha dicho el doctor Brocq. Su cintura se ha deformado, sus hombros se han redondeado, su seno se ha excavado, y las fisonomías son pálidas, ó emparta-

das, como edematosis »; y otro galeno, el doctor Bouchet, advierte que abundan actualmente « las jóvenes secas, angulosas, malhumoradas (*malhumoradas sobre todo*), cuya voz no tiene la dulzura de la voz maternal. » Si; son jóvenes-paraguas, jóvenes-estiletes, jóvenes-brownings, jóvenes-sacacorchos, ó que gastan navajas para descorchar á cualquiera.

Una madama de Argos se pasea por el Bulevar con una panterita de Java, y un Rostand, en litigio con Sarah-Bernhardt, resulta ser más femenino, por lo sentimental y fino, que la mentada actriz.

Ellas claman quiquiriqui, y ellos cantan la gallina. Y así va el mundo.

LUIS BONAFOUX.

Los Hispano-Americanos en París



HOTEL LUTETIA Boul. Raspail

Han llegado:

El doctor Luis Guillos, de Sao Paulo; doctor Ch. Vic, de San Sebastián; Sr. y señora Costa Diego, de Montevideo; Sr. J. Torres, de Madrid; Sr. C. de Villa, de Toledo; Sr. Alberto Carcabal, de Figueras; señor D. Sehiano, de Buenos Aires.

ELYSEE PALACE HOTEL (Champs Elysées)

Han llegado:

El marqués de Lavradia, de Portugal; Sr. Manuel de Lizardi y Sr. Diego Redo, de Méjico; Sr. y señora Germain Tavedra, y señora F. R. Casaux y familia, de Madrid; Sr. y señora Martínez de Hoz y familia, de Buenos Aires; señora Blanca Gardella y familia, de Buenos Aires.

HOTEL LOTTI Rue Castiglione

Han llegado:

Barón de Riders, Sr. G. Gallathy, y Sr. señora X., de Buenos Aires; señora L. Vallach, Sr. Michell Samuels, principe de Belmonte, Sr. P. Dhumey.

HOTEL BRIGHTON Jardin des Tuileries

Han llegado:

Sr. Juan Gutiérrez, del Uruguay.

HOTEL RITZ Place Vendôme

Han llegado:

Sr. Leopoldo Pardo y principe Pagratide Abro.

HOTEL BEAU SITE Rue de Presbourg

Han llegado:

Sr. y señorita Sánchez Elia y familia, Sr. y señora Americo de Moraes, Sr. y señora Jorge Atucha.

HOTEL MONTANA

Rue de l'Echelle (Av. de l'Opéra)

Han llegado:

Sr. Julio E. Solazar, de la Argentina; Sr. Eco Palacio, profesor Umberto Masetti, Sr. y señora N. A. de Silva.

HOTEL BRISTOL Place Vendôme

Han llegado:

Sr. y señorita José Todd, doctor Barton Jacobs y señora Jacobs, Sr. W. Boosey.

HOTEL WAGRAM Rue Rivoli

Han llegado:

Sr. Keyser, consul de Sevilla; Sr. De Lima Mujer, Sr. José Pujadaz, Sr. Cunha Passos, Sr. y señora José de Machonbarrena, de Madrid; Sr. y señora Peralta Ramos, de Buenos Aires; Sr. y señora Herlitzka, Sr. y señora P. Nogueira, señora Ocarrio, de Madrid; señora Arabeheby, Sr. H. Schreiner y señor H. Pontes, de Buenos Aires; conde R. Heflo, del Cairo; señora Hasto, de Londres.

HOTEL PLAZA

Han llegado:

Sr. y Sra. H. C. Dalton, Sr. A. Philippi, Sra. M. L. Mozier, Sr. y Sra. Dzialoszyński.

HOTEL CRILLON

Ha salido:

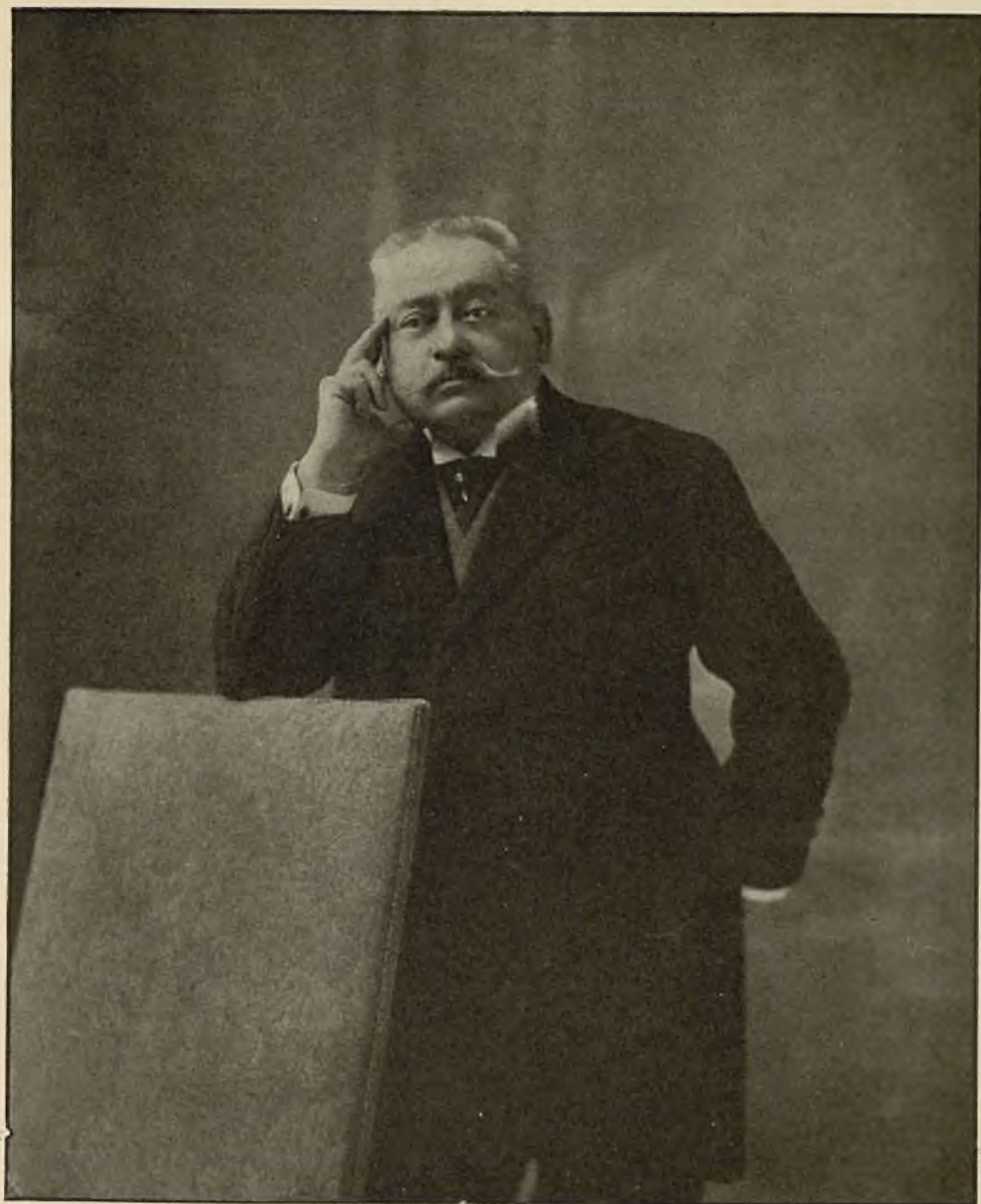
Sr. Sra. Stephanos, marqués y marquesa de la Gándara, conde Lanza di Mazzarino, marqués de Visconti Venosta, Sr. y Sra. Barranesco, Excmo. Sr. Santiago Alba, Sr. Alfonso Savedra.

HOTEL ASTORIA Champs-Elysées

Han llegado:

Sr. Farres Elicochea, de Colombia; señora de Escalante y familia, de Méjico.

NOTABILIDADES DIPLOMATICAS



M. PAUL-LOUIS DESPREZ

Foto CHERI ROUSSEAU

Este notable diplomático francés ha mostrado en todos los numerosos é importantes cargos que ha ejercido en su larga carrera, talentos más que extraordinarios. Cuando últimamente, en 1901, fué nombrado Embajador extraordinario en Haití, señalóse por la energía y valor con que defendió á la colonia francesa durante los disturbios que ensangrentaron Puerto Príncipe.

EL GRAN MUNDO

En su amena residencia de Neuilly dieron el último domingo una fiesta brillante y animadísima el Doctor y la distinguida señora de Amoedo. A ella acudió, con verdadero apresuramiento, la colonia cubana é hispano-americana de París, ya acostumbrada de antiguo á considerar los dueños de aquella casa como los más amables y dilerentes.

Desde las cuatro de la tarde llenaban los salones bellas y elegantes damas, encantadoras señoritas. Dijérase que allí se habían congregado la gracia y la singular donosura de la belleza hispano-americana, que tan lucida representación tiene en París.

Atendieron á todos los visitantes, con singular afectuosidad, la señora de la casa y el Doctor Amoedo, que saludaron, sucesivamente, á los Sres. Señoras y Señoritas:

Dr. Martínez Ortiz, ministro de Cuba en París; Sr. de Güell, consejero de la Embajada de España y Sra.; Sr. Tejedor, Primer Secretario de la Legación de Cuba y Sra.; Sr. Vallin, cónsul general de Cuba; Sres. Clausó, Altuzarra, Calvo, agregados á dicha Legación de Cuba; Sr. de Cádiz, cónsul de la Argentina en París; Conde de Lessa, Secretario de Embajada y el Conde de Pradère.

Marquesa y Srta. de Vistabella, Dr. y Sra. de Torres, Dr. Cobos, Sr. y Sra. de Peña, Dr. Suárez de Mendoza, Funk-Brentano, Dr. Domínguez, Dr. y Sra. de Molina, Sr. y Sra. de Peon y sobrina, Sra. Mercedes de Rigall é hija, Sr. y Sra. Otáñez, Dr. y Sra. Manrique, Coronel Rawson, Dr. y Sra. Almona, Sr. Sra. y Srta. Heydrich Bacardi, Sra. y Srta. Moreno, Sra. y Srta. Ungo, Sra. y Srta. de la Riva Muñoz, Dr., Sra. y Srta. Van der Hensst, Sra. y Srta. Rivas, Sr. Albertini, Sr., Sra. y Srta. Sánchez de Larraguti, Sr., Sra. y Srta. Carliaya, Sra. y Srta. Chantepie, Sra. Huret, Sr. y Sra. Moreau, Sra. y Srta. Mignot, Sra. de Rens, Sr. Gorju, Sr. y Sra. Braga, Sr. Guirard, Sr. Mendiola, Sr. J. Dumois-Mitchell, Sr. G. Mola, Sr. Francisco Hueso Rolland, Sr. Quintana de Velasco, Sr. y Sra. Sierra, Sr. Casasús, Sr. Berestaio, Sres. Borda, Sr. y Sra. Rosales é hijos, Sr. y Sra. Vidal Soler y familia, Sr. y Srta. Costallat, Sr. Sover Sra. y Srta. Castillo, Dr. y Sra. Defaut, Sra. Amador, Sr. Elormen, Sr. y Sra. Bernalles, Dr. Riviere, Sr. Alvaro Besa, Dr. Bonamy y Sra., Dr. Bolini, Dr. José Rodríguez y familia, Sr. I. I. Nin, Sr. Sienra, C. Nodarse, Sr. Sánchez Besa, Srta. Palatín, Sra. Caso, Sr. Franco, y entre otros muchos, nuestro Director Sr. Delatte.

♦♦♦♦♦♦

Es esperado de Buenos Aires el Sr. Ricardo F. Bosch, que viene á reunirse con su familia.

♦♦♦♦♦♦

Días pasados ha salido para la Argentina la Sra. Leonor Quirno Costa de Terry acompañada de sus hijos.

♦♦♦♦♦♦

Es esperado el Doctor Angel Arce Peñalva, quien permanecerá en Europa una breve temporada.

♦♦♦♦♦♦

El Sr. Diego de Alvear y su esposa doña Mariana Cambaceres ofrecieron días pasados una comida en obsequio de D. Eugenio Garzón.

— Habían sido invitados los Sres. Alejandro Christophersen y su esposa doña Mercedes Lezica, Manuel Láinez y su esposa doña Elvira de la Riestra, Faustino Lezica y su esposa doña Lucía D'Amico, Ricardo Lezica Alvear y su esposa doña María Augusta Estrada y Pedro Christophersen.

♦♦♦♦♦♦

Capítulo de Bodas en Buenos Aires:

En la capilla de las Victorias fué consagrado el enlace de la señorita Amelia Moreno con el doctor Samuel Borda.

Las extensas vinculaciones que rodean á los novios hicieron, como se preveía, que la ceremonia alcanzara las proporciones de un lucido acontecimiento.

♦♦♦♦♦♦

En el Cap Finisterre, de regreso á Buenos Aires, se embarcaron ayer doña Edelmira Darregueira de Cabral, acompañada de sus hijas Susana, Blanca y María Edelmira.

♦♦♦♦♦♦

También han regresado á Buenos Aires el doctor Osvaldo Piñero y familia, doña Joviera Reto de Escalante y sus hijos, doña Sara Escalante de Newbery su hijo y la señorita María García.

♦♦♦♦♦♦

En estos días son esperados de Buenos Aires, los Sres:

Jorge Santamarina y su señora María Elena Alvear, Luis María y Miguel Angel Rodríguez, señora Joaquina Oroño de Salas y sus hijos Gabino y Jorge.

♦♦♦♦♦♦

Se encuentra en París la distinguida escritora española Sra. Carmen de Burgos (Colombina) acompañada de su gentilísima hija.

♦♦♦♦♦♦

Ha salido para La Paz la distinguida señora de Montes acompañada de su familia.

La Sra. de Montes va á Bolivia á reunirse con su esposo, el Presidente de aquella república.

♦♦♦♦♦♦

Ayer se embarcaron para la Argentina el Dr. Osvaldo Piñero, su esposa doña Leonor Stegmann, su hija Leonor y la señorita Angélica Stegmann.

♦♦♦♦♦♦

Ha salido de Buenos Aires para Europa, en un breve viaje de reposo, D. Román R. Bravo, acompañado de sus hijas, quienes regresarán en los primeros días de septiembre á la Argentina.

♦♦♦♦♦♦

El próximo martes se embarcarán para Genova á bordo del Italia, doña Felisa M. de Grimaldi y sus hijas María Ester y Aída, y doña Angela Cartasso de Subirana, acompañada de sus hijos.

♦♦♦♦♦♦

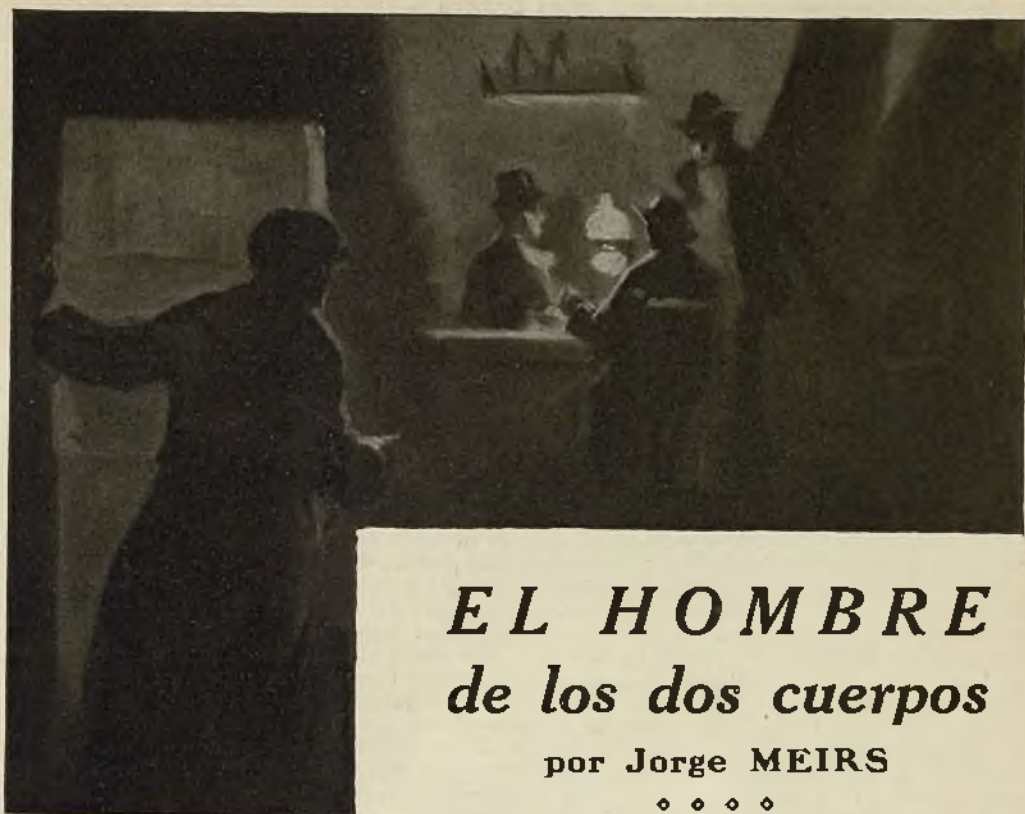
Han regresado á Buenos Aires el Sr. Horacio Sánchez Elia y su señora.

♦♦♦♦♦♦

Con motivo del congreso de la sociedad internacional de música, el Orfeón Catalán ha dado varias audiciones.

Como siempre, tan importantísima asociación ha obtenido un triunfo grandioso. La prensa profesional señaló su visita á París como uno de los más interesantes acontecimientos musicales del año, recordando las elocuentes palabras y aplausos que recibieron de personalidades como Strauss, Saint-Saens, Indy y Fauré que no vacilaron en proclamarla la primera masa coral del mundo.

Nuestra enhorabuena y aplausos á los organizadores y directores de tan grandiosa manifestación musical.



EL HOMBRE de los dos cuerpos

por Jorge MEIRS

♦ ♦ ♦ ♦

Traducción de Ladislao BOLSKI

♦ ♦ ♦

— ¿Qué hacía? ¿Esperaba á alguien?
¿Me había visto y me acechaba á su vez?

Me decidí á esperar, luego de tomar la precaución de meter la mano en el bolsillo en que tenía el revólver.

Un minuto después se apeó un individuo de un automóvil, no lejos de mí, y pidió al *chauffeur*.

Al pasar por mi lado volvió un poco la cabeza y me miró de reojo; pero mi aspecto no debió parecerle sospechoso porque continuó tranquilamente su camino.

Cuando llegó al sitio donde un momento antes desapareció el hombre á quien perseguía, se detuvo de pronto, como si lo hubieran llamado, é, inclinándose un poco á la izquierda, desapareció á su vez.

Dudaba si debía seguirles, porque no sabía si el sitio en que acababa de desaparecer comunicaba con una callejuela por donde el primer individuo y él podían llegar á una vía paralela á la en que me hallaba y en la que podría unirme á ellos.

Cuando pasó delante de mí, luego de

pagar al *chauffeur* del automóvil que le había llevado, pude observar detenidamente á aquel sujeto. Era joven, alto, fuerte y llevaba barba rubia. En seguida me acordé de la descripción que Tharps había dado de su misterioso agresor, y mis ojos se posaron instintivamente en el brazo izquierdo de aquel individuo; pero experimenté una desilusión al comprobar que tenía brazo. No obstante, cuando se detuvo, me pareció que el movimiento del hombro izquierdo fué menos flexible que el del otro, y cuando giró para desaparecer en la sombra observé cierta rigidez en dicho brazo.

Este descubrimiento me preocupó unos momentos impidiéndome tomar una rápida determinación, y cuando me acordé del papel que estaba encargado de representar, vi que un tercer individuo se aproximaba al sombrío corredor y desaparecía también.

Entonces me decidí á bajar la calle y entrar á mi vez en el corredor, el cual estaba tan oscuro que como no distinguiera nada, recurrí á una estratagema muy conocida de los policías y entré en el estre-

cho corredor con un cigarrillo en una mano y la caja de cerillas en la otra. Me puse el cigarro en la boca y encendí un fósforo á cuya luz pude examinar el sitio en que me encontraba. No habia nadie y una corriente de aire procedente del fondo hizo vacilar la llama de la cerilla.

Sin vacilar me interné en el corredor, en cuyo extremo encontré una puerta solamente cerrada con un pestillo que levanté resueltamente. La puerta daba acceso á una especie de pasaje estrecho y descubierto.

Como medida de prudencia no encendí el cigarrillo para no delatar mi presencia y, guardándomelo, avancé unos metros.

Entonces me pareció oír un ruido de pasos, ruido que iba en aumento, como amplificado por una bóveda. Comprendí que eran los pasos de los tres hombres.

Necesitaba obrar con una gran prudencia para no ser descubierto. Por peligrosa que me pareciera mi misión debía cumplirla hasta el fin si queria responder á la confianza que en mí depositara el famoso « detective », así es que avancé con grandes precauciones, no poniendo un pie en el suelo sino luego de convencerme de que pisaba en terreno firme y apoyándome en la pared para guiarme.

Delante de mí continuaban andando los tres hombres.

¿A dónde conducía aquel pasaje? En vista de su dirección rectilínea, debía dar á una calle paralela á la en que estaba la taberna, pero no vi resplandor alguno que me indicara la salida.

De pronto, cesó la continuidad de la pared en que me apoyaba, lo cual me molestó tanto más cuanto que la obscuridad era absoluta. Al aventurarme en medio de aquellas tinieblas corría el peligro de perderme ó de tomar una falsa dirección. Ante mí continuaba oyendo los pasos de los tres hombres, quienes andaban con la seguridad que da la costumbre, y procurando guiarme por el eco de sus pisadas, anduve un poco.

Afortunadamente mis manos extendidas volvieron á encontrar la pared y como estaba en línea recta con la anterior, comprendí que habia pasado delante de una excavación.

De pronto, cesó el ruido de los pasos que me precedían y me detuve escuchando atentamente.

En el fondo, á cincuenta ó sesenta metros de mí, brilló una luz procedente de un encendedor de bolsillo, á cuyo resplandor vi las siluetas de los tres hombres recortadas á contraluz.

Parecieron discutir un instante y, luego de apagar el encendedor, volvieron sobre sus pasos. Temiendo ser descubierto retro-

cedí rápida, pero cautelosamente y me oculté en la excavación que acababa de encontrar.

Cuando los tres individuos pasaron delante de mí, contuve la respiración y, una vez que se hubieron alejado un poco salí de mi escondite continuando detrás de ellos. Mis ojos — acostumbrados ya á la obscuridad — me permitieron ver que se detenían y sólo tuve tiempo para ocultarme detrás de una enorme caja que divisé á mi lado.

Un momento después asomé la cabeza por encima de mi parapeto y vi á los tres hombres sentados en una especie de cuarto encristalado que alumbraba una lámpara de petróleo. Podían verme en cuanto franqueara el límite de protección de mi caja, pero yo no podía verlos sin exponerme á ser descubierto.

Mi situación no tenia nada de envidiable en aquella caja que, por el olor, deduje que debía de haber tenido pescado, y estaba encogido detrás de ella, en el barro pegajoso del suelo, sin atreverme á hacer el menor movimiento.

Sin duda alguna me encontraba en una pescadería cuyo despacho era la habitación encristalada en que estaban los tres hombres.

Estos discutían en voz tan baja que yo no oía ni una palabra, lo que me puso fuera de mí, porque tenía expuesta la vida inútilmente.

Seguramente conocían bien aquel sitio los tres hombres, uno de los cuales debía ser el pescadero aunque me hizo dudar la precaución que habian tomado de asegurarse si estaba cerrada la otra salida, porque á esto atribuí su paseo hasta el fondo del corredor.

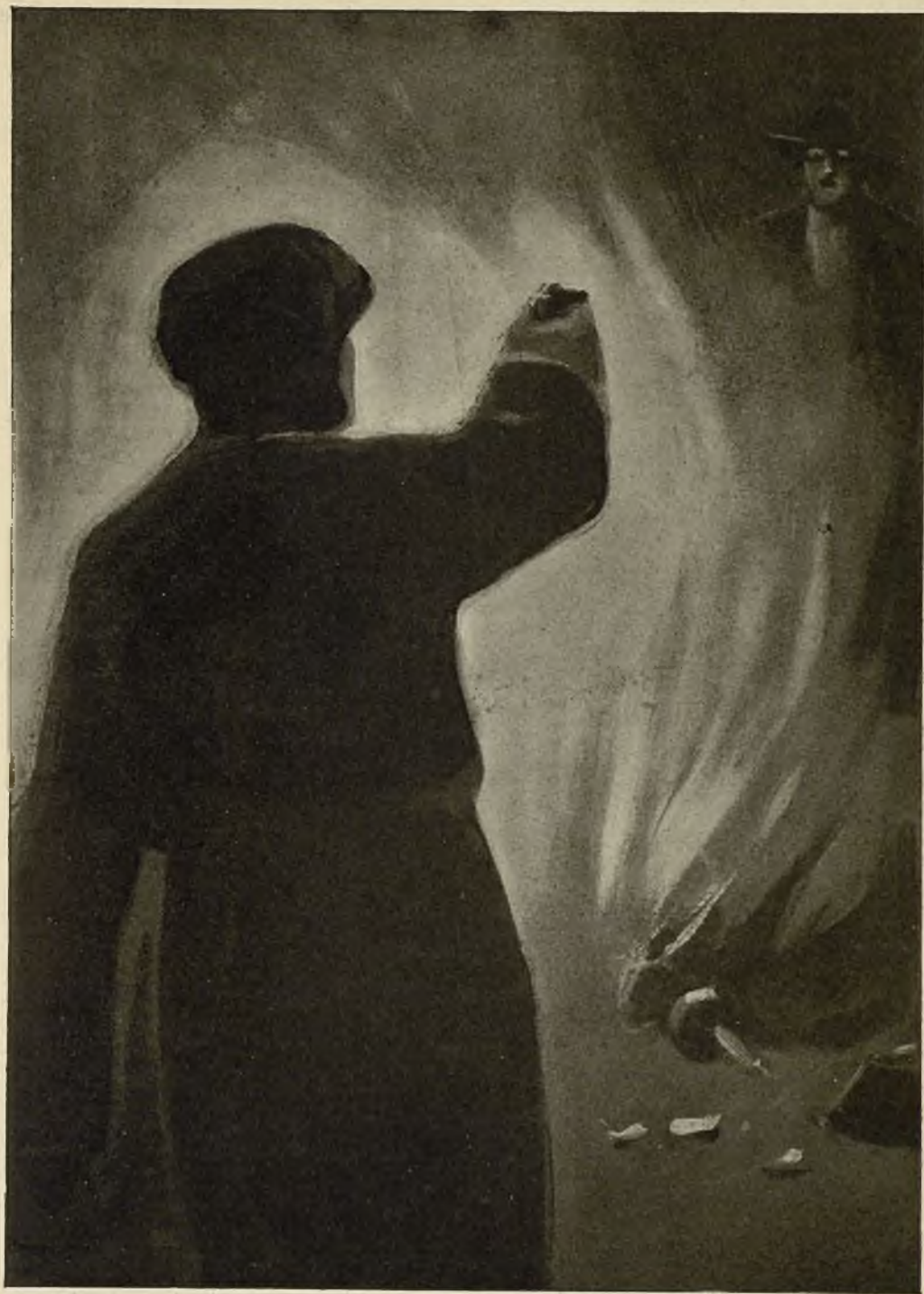
Paulatinamente subieron de diapason y yo empecé á oír. Al principio no entendí lo que hablaban, pero al poco rato experimenté un escalofrío cuando comprendí el tema de su conversación.

Tratábase de un individuo á quien jamás designaran por su nombre sino por el pronombre *él*.

Yo me habia tumbado por completo en el suelo, aproximándome todo lo posible — siempre protegido por la caja — para oír mejor.

La escasa luz de la lámpara de petróleo permitía, sin embargo, ver á dos de los interlocutores, y sólo el mozo alto y fuerte que yo creía que llevaba un brazo postizo me volvía la espalda. Reconocí al que habia visto en la taberna, el cual tenia una cabeza de marino, y pude observar que el que estaba de espaldas á mí le llamó « capitán » dos ó tres veces que se dirigió á él.

Cada vez me convencía más que el hombre que se habia apeado del automó-



vil era el que entró en el cuarto de mi amigo la noche antes. Dedúzcase mi asombro cuando de la conversación que sostenían deduje que era uno de los pasajeros del *Magic*, y entonces comprendí su interés en asesinar a William Sharps, toda vez que éste se ocupaba en el asunto Molinet, íntimamente relacionado con Parklett, el célebre bandido que iba á bordo del barco naufragado.

Supuse que aquel individuo se había entregado con sus compañeros al pillaje de los naufragos.

Cuando distinguí sus palabras, el «capitán» decía que se había burlado de ellos, que se hubiera podido hacer más de prisa.

— Si me hubieran hecho caso — dijo el que yo creía manco — ya estaría concluido este asunto.

Los otros dos hicieron con la cabeza una señal de aprobación.

— Hemos hecho lo que se nos ha dicho y se nos debe entregar nuestra parte — dijo otro.

— Hemos expuesto el pellejo — arguyó el tercero. Además, á mí pueden mandarme que me pelee con un adversario, por terrible que sea, á cuchillazo limpio hasta que uno de los dos quede muerto, y no retrocederé; pero matar friamente á doscientos individuos que no pueden defenderse y que confían en uno...

Dió un puñetazo en la mesa, haciendo bailar la lámpara mientras sus dos compañeros procuraban calmar la excitación del «orador».

— Os aseguro — continuó más tranquilo — que me vuelvo loco cuando pienso en lo que he hecho para que después él se burle. Quiero mi parte ó si no... lo cuento todo y entonces se sahrá por qué se incendió el *Magic*...

Hacia un momento que yo había comprendido, adivinado más bien de qué se trataba. La evocación de la gigantesca hecatombe me produjo un escalofrío. ¡Ya no podía dudar, ya no podía negar la evidencia de las monstruosidades evocadas por aquellos miserables!

A pesar de mi mismo pensé en la suerte que me esperaba si aquellos asesinos se daban cuenta de que yo había sorprendido su secreto.

Durante mi carrera al lado de William Sharps he sentido las emociones más fuertes y más diversas; pero no me acuerdo de haber experimentado nunca una sensación de terror tan violenta como aquella noche.

No soy coharde, y creo haber dado en más de una ocasión prueba de sangre fría; pero lo que me sucedía era un fenómeno físico contra el que se estrellaba mi voluntad.

Comprendí que en cuanto aquellas gen-

tes se enteraran de mi presencia no dudarían un momento en asesinarme, y estudié las probabilidades que tenía de salir de allí sin ser visto, con la intención de ir en busca del célebre «detective» y con su auxilio apoderarnos de aquellos canallas; pero bien pronto comprendí que me era imposible abandonar mi escondite hasta que ellos no se hubieran marchado.

Cada vez me convenía más de que el hombre que se había apeado del automóvil era el que entró en el cuarto de mi amigo la noche antes, y al acordarme del guante que cubría la mano postiza y que William Sharps demostró que había sido comprado en un almacén de París, pensé que aquel hombre era el asesino de Oscar Molinet.

Un crimen más ó menos no tenía nada de particular que lo hubiera cometido uno de aquellos tristes héroes de una catástrofe que había causado doscientas víctimas.

Recordé entonces el artículo del *Daily News* que mi amigo me había leído en París y entonces comprendí el pasaje que relataba el descubrimiento del cadáver mutilado de William Shamon, el joyero londinense que iba á bordo del *Magic* con dos de sus colaboradores para entregar en las Indias una colección de joyas de un valor enorme.

Entonces recordé que el rostro del cadáver estaba horriblemente destrozado y que los médicos habían dicho que debió morir de un tiro.

En aquel momento tuve la intuición de que el tesoro del desgraciado joyero fué la causa del horrible atentado.

Precisamente uno de los tres bandidos pronunció en aquel momento el nombre de Shamon. Por el resto de la conversación de aquel macabro trío deduje cómo Shamon y sus compañeros habían muerto. El que respondía por el nombre de «capitán» les invitó á tomar asiento en el bote en que huían los tres bandidos, y allí — sin que testigo alguno lo presenciara — los miserables mataron á los tres comerciantes para apoderarse de su precioso equipaje.

Cuando llegaron á este punto de su conversación se alzó una disputa para delimitar las responsabilidades de aquel crimen. Por un sentimiento de pudor que me pareció bastante extraño por parte de tales individuos, ninguno de ellos quería asumir la responsabilidad de haber ordenado la matanza.

A tal extremo llegó la discusión que creí que iban á llegar á las manos, cosa que deseé porque aquel incidente me hubiera permitido huir sin ser visto.

He dicho que podía oír lo que decían; pero me era imposible ver sin descubrirme.

Sin embargo, á pesar del peligro que corría, levanté un poco la cabeza. En aquel momento vi que uno de los hombres me miraba con fijeza.

Retrocedí rápidamente, empuñando la culata de mi revólver, apercebido á el ataque que preveía.

Los tres hombres se callaron de pronto y me pareció oír un murmullo de conversación en voz baja. Seguramente los miserables se ponían de acuerdo sobre lo que iban á hacer conmigo. Se sabían amenazados, pero ignoraban si estaba yo solo ó si éramos varios.

A toda costa necesitaba asegurarme de su actitud, y puesto que ya era conocida mi presencia, bien podía volver á mirar, lo que hice con toda clase de precauciones, teniendo cuidado de no asomar la cabeza por el mismo sitio que antes, á fin de no recibir la bala de browning que seguramente me acechaba.

Dedúzcase mi estupefacción al ver que los bandidos, acodados en la mesa, hablaban tranquilamente, sin parecer preocuparse de mí. Pasó un minuto sin que distinguiera una sola mirada en mi dirección, y volví á tener confianza, y pensé en la posibilidad de lanzar mi caja á las piernas de los tres hombres y huir antes de que tuvieran tiempo de correr en persecución mía.

No tuve en cuenta que los bandidos conocían perfectamente el sitio en que nos encontrábamos, mientras que yo me exponía incluso á abrirme la cabeza contra una pared ó contra cualquier otro obstáculo al correr; mas, á pesar de todo, acaso hubiera puesto en práctica mi proyecto si no hubiera visto que en aquel momento se levantaba el «capitán».

Comprendiendo que era imposible todo intento de huida en aquellas condiciones, me acurruqué lo mejor que pude detrás de la caja.

Los tres bandidos hablaban de la parte que les correspondía del botín robado en el *Magie*, y de sus palabras deduje que el tesoro estaba en poder de un cuarto cómplice, seguramente el que habían designado por el pronombre «él».

Éste no parecía tener prisa por hacer el reparto, porque la caja que guardaba las joyas estaba en sitio seguro, y convenría esperar á que no se hablara de la catástrofe — todavía reciente — para vender las piedras preciosas.

Por el modo de hablar á sus dos compañeros, comprendí que el hombre del brazo postizo representaba al ausente.

— Pues que se repartan las joyas — propuso el «capitán».

El manco se encogió de hombros.

— Y vosotros, ¿las venderíais? — dijo con ironía. — Demasiado sabéis que eso

es muy peligroso y que haríais fracasar el negocio, porque sois muy brutos.

Los otros dos no parecían convencidos.

— Nos está engañando — dijo uno.

— ¿Por qué no viene él en vez de enviarte á ti? — preguntó el otro. — Al menos no gastaríamos tanta saliva en balde.

— Ya sabéis que él no puede venir porque está acosado por la policía.

— Sin embargo, no podemos comer con buenas palahras. Es preciso tener «parné».

— Naturalmente — confirmó el «capitán».

Entonces el del brazo postizo sacó del bolsillo un sobre entregando á sus interlocutores unos cuantos billetes.

— Dejemos pasar la tormenta. Pronto seremos ricos y entonces podremos desahar á los otros.

— ¿Sabe él lo que le ha ocurrido á ese maldito francés?

— Ha recibido su visita.

— ¿Sí?

— Y reclama también su parte.

Una explosión de cólera acogió estas palabras.

— Ese no ha expuesto nada, así es que no es justo que se le dé parte.

— Pero no se puede negar que fué él quien decidió á Shamon á embarcarse.

— Lo cual merece una propina, pero nada más.

Oí un doble suspiro.

— Nosotros hemos expuesto el pellejo, mientras que él...

— No te sulfures, Jack — dijo el «capitán». — El hará lo que le parezca siempre que no se merme nuestra parte.

Quando los tres hombres hablaron de un «maldito francés» creí que se trataba de William Tharps, pero bien pronto comprendí que se referían á un nuevo cómplice.

Éste no podía ser Oscar Molinet porque — y ellos no lo ignoraban seguramente — había muerto. ¿Era, acaso, el asesino del corredor en joyas? Un instinto secreto me decía que quien mató á Molinet era el hombre del brazo postizo y el detalle del guante recientemente comprado en los almacenes del Louvre confirmaba esta hipótesis.

No tuve tiempo de pensar mucho en ello porque me di cuenta de que se movía la sombra que proyectaba mi caja.

Ya no podía dudar de que se acercaba el momento trágico para mí. En un segundo tomé una determinación. Puesto que forzosamente tenían que verme — la sombra de la caja era cada vez más pequeña, prueba evidente de que aquellos hombres se aproximaban á mí — dispararía sobre el que llevaba la luz y...

En aquel instante oí un grito:

— ¡Un pie... ahí!

Acababan de descubrirme. Alcé la cabeza y disparé apuntando á la lámpara que cayó al suelo. La llama se extendió al petróleo que corría por la tierra y formó una columna de luz y de humo á través de la cual vi que los tres hombres estaban en pie. Sólo debí herir ligeramente al de la lámpara.

Como mis adversarios estaban alumbrados y yo gozaba de una penumbra relativa, apunté más despacio y una bala de mi revólver se alojó en el cuerpo de uno de ellos que, oscilando rápidamente, se desplomó.

En el momento de hacer el tercer disparo, silbaron dos balas en mis oídos, demostrándome que era suficientemente visible para que mis adversarios pudieran apuntarme.

Los dos que no estaban heridos y á quienes reconocí por ser el « capitán » y el de la barba rubia, dieron un salto colocándose en la penumbra y cortándome la retirada.

Comprendí el peligro en que me hallaba en tal situación y, con riesgo de ser pasado por una bala, corrí á refugiarme en la excavación de que he hablado y de la que sólo me separaban dos metros.

La llamas del petróleo en combustión alumbraban lo suficiente para que desde mi parapeto viese las siluetas de los dos bandidos, quienes se acercaban á mí.

Con una serenidad y sangre fría de la que me asombro yo mismo, apunté al hombre de brazo postizo, el cual cayó á tierra un segundo después, muerto ó gravemente herido, porque se le escapó el revólver de la mano yendo á parar casi á mis pies. El

manco no hizo el menor movimiento para apoderarse de su arma.

Me inclinaba para cogerlo yo, cuando una bala se embutió en la pared á dos centímetros sobre mi cabeza.

Retrocedí rápidamente empuñando el revólver de mi vencido adversario, y esperé.

El único que quedaba era el « capitán ».

¡El más terrible!

Me bastó pensar un momento en que se abstuvo de acercarse á mí en la precisión con que había disparado cuando yo me incliné para recoger el revólver del manco.

Las llamas del petróleo eran cada vez mas irregulares y con una emoción que se comprenderá fácilmente me preguntaba si durarían lo suficiente para deshacerme del « capitán ».

Con minuciosa atención observaba el lado de la pared en donde sabía que estaba mi adversario. La menor sombra que se proyectase en ella sería una indicación aunque la irregularidad de la luz hacia imposible una precisión.

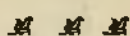
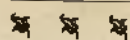
Un ligero ruido procedente de aquel lado me permitió suponer que el « capitán » se acercaba á mí á ras del muro y esperaba verle aparecer de un momento á otro.

A cada instante era más difícil ver, porque la combustión del petróleo disminuía con rapidez. De pronto vi aparecer una sombra á ras del suelo y disparé.

Una carcajada — que oí sobre mi cabeza — me heló la sangre, al mismo tiempo que sonaba un tiro y una bala me hería el muslo izquierdo.

(Se continuará).





El chauffeur Thomas, que ha ganado el Gran Premio de Indianópolis corriendo á la fantástica velocidad de 129 kilómetros á la hora. Debe tenerse en cuenta que se trata de una velocidad media.



Concurso de cometas en Boulogne. Este genero de cometas puede elevar á un hombre.



Con motivo de la venida á París de los concejales extranjeros, se ha organizado en Longchamp un concurso de aviación, que resultó muy animado.

CAMPEONATO DEL MUNDO DE TENNIS.

Mlle. Lenglen, de 15 años de edad, ha obtenido el primer premio, categoría de mujeres; Mr. Wilding, el primer premio, categoría de hombres.





DERBY D'EPSON.

Entrenamiento del boxeador Frank-Moran: el célebre boxeador se prepara para luchar con el coloso negro, Jack Johnson, pero ¿logrará triunfar?



La poule de yeguas ha sido disputada en Chantilly ante numerosos espectadores. Ganó Aterle VI, perteneciente á Olyg-Ræderey.



UN ATLETA EXTRAORDINARIO

Geo André acaba de obtener el campeonato de tres categorías en la U. S. F. S. A. Para cuantos conocen las cosas del deporte ya pueden suponer á lo que equivale un triunfo parecido.

Galería A. M. REITLINGER

12, rue La Boétie
PARIS

Cuadros

Acuarelas

Dibujos



Grabados

Objetos
de Arte
moderno

Exposiciones permanentes de Artistas
FRANCESES Y EXTRANJEROS